



GESTIONA:



EDICIÓN:



DIRECCIÓN EDITORIAL: Gonzalo Berrios

CORRECCIÓN: Florencia Lafón

DISEÑO EDITORIAL: Antonella Scavuzzo

[www.editorialazul.com.ar](http://www.editorialazul.com.ar)

[info.editorialazul@gmail.com](mailto:info.editorialazul@gmail.com)

Veó veó en el campo : una historia por contar / Leonel Sañudo ... [et al.].

- 1a ed. -

Azul : Del Azul, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: online

ISBN 978-950-9516-59-5

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. 2. Fotografía. 3. Antología de Cuentos. I. Sañudo, Leonel.

CDD A863.9282

Reservados todos los derechos sobre este libro.  
No se debe ni se puede, total o parcialmente: traducir, reproducir, almacenar, transmitir, adaptar y/o utilizar de manera alguna, ni por ningún medio, electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico sin el consentimiento escrito de Asociación Azul Solidario.

VEO  
VEO

EN EL  
CAMPO

UNA HISTORIA POR CONTAR...



## PRÓLOGO

Durante el año 2020, alumnos de escuelas primarias rurales del partido de Azul, enfrentando los desafíos que planteaba la pandemia y el cierre de las instituciones educativas, participaron del proyecto VEO VEO EN EL CAMPO- iniciativa impulsada por Azul Solidario en el marco del Proyecto ProMeCER- cuyo objetivo fue poner en valor el entorno en donde los niños viven, realizando imágenes creativas de troncos de árboles. El medio tecnológico empleado fue la fotografía digital ya que podían utilizar los teléfonos móviles familiares. El producto final se tradujo en una muestra fotográfica virtual y en la edición del Calendario 2021 con imágenes seleccionadas para cada mes del año.

El acompañamiento de los profesores de la cátedra de Fotografía de la Escuela de Bellas Artes Luciano Fortabat de Azul, Luis Navas y María Paz Mosca con sus respectivos alumnos, favoreció el aprendizaje de los niños de las técnicas de tomas

fotográficas e impulsó su creatividad en la búsqueda de texturas y formas en los árboles de sus entornos. El apoyo incondicional de los padres fortaleció el entusiasmo de sus hijos por este nuevo lenguaje artístico, que nuestra voluntaria, Margarita Pagliere, supo tan bien coordinar contando con el apoyo de las docentes y supervisora de Artística.

A partir de este proyecto inicial, y el impacto de estas fotos en directivos y docentes de las Escuelas Dulcinea de Alcalá de Henares y Bandeirantes de Brasil, integrantes ambas del proyecto EL QUIJOTE NOS UNE, nace UNA HISTORIA POR CONTAR. ¿Qué historias promueven esas imágenes de troncos de árboles fotografiadas por los niños en un receptor adulto que las observa? Para responder a esta pregunta se invitó a docentes y ex docentes vinculados, de alguna manera, con la enseñanza en escuelas rurales o con el proyecto EL QUIJOTE NOS UNE, a escribir un cuento inspirado en esas fotografías que ilustraron el mencionado Calendario. Cada mes posee una o dos imágenes. Los autores podían elegir inspirarse en una sola foto en particular o considerar las dos en el mismo relato.

Sabemos que las imágenes despiertan distintos estímulos en quienes las observan: avivan sentimientos adormecidos, abren brechas emocionales, nos conectan con experiencias de otros tiempos o con vivencias actuales. En fin, disparan la imaginación creadora. Y así también lo entendió Machi

Noble Herrera quien, una vez más, se suma a dar visibilidad a las comunidades rurales, esta vez a los niños de Azul.

VEO VEO EN EL CAMPO. UNA HISTORIA POR CONTAR reúne 16 cuentos inspirados en 23 fotografías de niños y niñas rurales que viven en distintos parajes de Azul en los que se encuentran escuelas de campo que integran la Red ProMeCER, Red coordinada por Asociación Azul Solidario con el aval institucional de las autoridades educativas locales.

Es nuestro sueño continuar poniendo foco en la construcción colectiva promoviendo contenidos educativos que fortalezcan la natural creatividad de los niños, su arraigo en territorio y, en este caso, articulando arte fotográfico y literatura. Pretendimos que lo que comenzó como un entretenimiento en situación de pandemia con escuelas cerradas, se transformara en cuentos inspirados en esas fotos, que ahora regresan a los niños y sus escuelas, en esta Antología.

Asociación Azul Solidario



Leonel Sañudo  
(9 años)  
Esc. N° 32  
Paraje La Primavera



Emma Guzmán  
(6 años)  
Esc. N° 50  
Paraje La Sofia  
Elena Guzmán  
(4 años)  
Esc. N° 50 Jirmm N°13  
Paraje La Sofia

ENERO



## EL ENANO OREJUDO

Miriam Peralta Reyes

(Asociación Azul Solidario)

Contaban los pajaritos del Paraje “La Primavera” que un enano orejudo se había comprado una casita en los árboles del lugar.

Decían que entraba de costado, para que no se le arrugara el sombrero.

Según ellos, los pajaritos, esa cerradura que estaba en el árbol la habían construido unos pájaros carpinteros que vivieron hace mucho tiempo en ese paraje.

Al llegar el enano al lugar se enamoró perdidamente de esa casita y por años vivió en ella.

También contaban las avcillas que sacaba su cabeza de costado (para que no se le arrugara el

sombrero) y miraba con alegría a los niños que estudiaban en la escuela 32.

Cuando conversaban entre ellos, hablaban también de cómo el enano juntaba frutos y flores que le servían de alimento.

Ahora ya nadie lo ve, pero su nombre se escucha cuando se habla de esa bella cerradura que se construyó en el árbol de La Primavera y de la cual Leonel tomó una foto increíble.



## AQUÍ EN MI ÁRBOL

Claudia Bustos

Azul, Pcia. Bs As. (Argentina)

Había una vez... mmm, no, mejor no. Mi cuento no empieza así. ¡Acá estoy! Sí, sí acá, en el gran árbol. Éste es mi lugar. Desde acá veo el sol todas las mañanas y el cielo azul lleno de nubes. También juego con las gotas los días de lluvia, con las gotas cristalinas que caen en el hueco de mi árbol. Este lugar es cómodo, me abriga del frío en el invierno y del cálido sol en los días de verano.

Yo estoy muy tranquila, pasando mis días en mi lugar del árbol. Los pájaros me visitan, me trinan y el viento acompaña con suaves susurros que me encantan!

Pero un día apareció en el hueco de mi árbol... ¡un gigante! Con un gran aparato. ¡Uy cuando



Miriam Adriana Peralta Reyes nació en Azul (Argentina) el 28 de setiembre de 1960. Es docente, narradora, escritora y periodista. En la actualidad está jubilada. Es miembro de la Asociación Azul Solidario.

lo vi! Qué susto me dio. ¿Qué quería ese gigante? Examinó, husmeó, miró, con un ojo, con los dos.... Yo me escondí, casi no respiré, quieta muy quieta. Cuando cobré valor lo saludé: ¡Hola! hola! ¿Quién sos? Pero mi voz no escuchó. Me di cuenta porque seguía mirando y mirando. Esperé quieta y seguí sus movimientos. Se fue y me quedé tranquila.

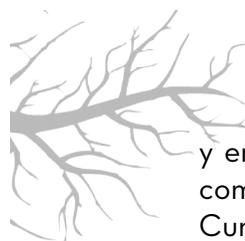
Pasaron pocos días y el gigante volvió, con su aparato. ¡Uy!, un fuerte relámpago iluminó mi hueco, pensé que una gran tormenta se aproximaba. Busqué un refugio, corrí me escondí, pero otro y otro relámpago. Después, ¡silencio! Sin gotas, sin truenos. No entendía qué pasaba. Con cuidado y mucho esfuerzo llegué a la superficie. Miré para un lado y para el otro. Nada, nada. Miré el cielo, azul brillante por la luz del cielo en un día diáfano. ¡No puede ser! ¿Y la lluvia? ¿Y los truenos? ¿Y los relámpagos? Un gran misterio, no sabía lo que había pasado.

Miré a lo lejos y vi al gigante aproximándose a mi árbol con el enorme aparato. ¡Zas! Dije. Ahí viene de nuevo, seguro que esa es la máquina de hacer relámpagos falsos que no traen señales de ninguna tormenta. Con él, venía otro gigante, los dos enormes, con dos aparatos. Este es el final -pensé. Relámpagos, luces, risas, y luego silencio nuevamente.

Pasaron más días. Estuve atenta, esperé, miré, pero solo vi a una familia de gigantes con sus grandes aparatos, mirar y mirar. Se mostraban entre ellos

algo que en los aparatos aparecían. Se veían felices. Esto me tranquilizó. Para una pequeña hormiguita como yo, era esperanzador.

Pasaron los días y me enteré de que el hueco del árbol, mi casa, era famosa. Que está en muchos lugares. Y yo estoy feliz porque para mí no hay un lugar mejor que el hueco de mi árbol. Soy feliz. Ese es mi hogar. De vez en cuando el gigante del aparato se acerca, me hace un guiño y desaparece.



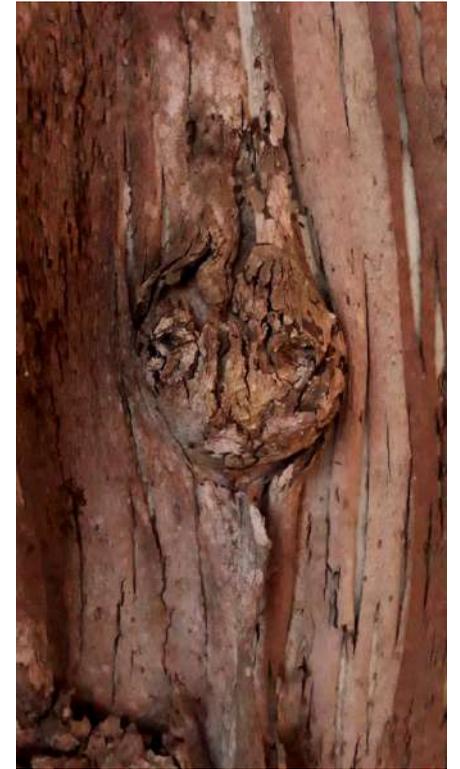
Claudia Ruth Bustos nació en San Rafael, Mendoza y en el año 1987 se radicó en la ciudad de Azul. Se formó como Profesora de Ed. Primaria y Profesora de Ed. Especial. Cursó la carrera de Bibliotecaria Escolar en la ciudad de La Plata. Se desempeñó como maestra rural en diferentes escuelas de Azul.

La pasión por las letras la llevó no solo a la lectura de distintas obras literarias sino también incursionó como escritora. Éste es el primer cuento para niños de su autoría.

FE  
BRE  
RO

Patricio Picchioni  
(17 años)  
Esc. Secundaria  
Agraria de Azul

Alma Martínez  
(10 años)  
Esc. N°37  
Paraje Pablo Acosta





## NONO Y TINCHO BAJO EL MISMO SOL

Marília Pelissari y Nuria Carbó

San Pablo (Brasil)

Mamá me dijo o, mejor dicho, lo escribió una vez: “la brisa tibia tocaba suavemente las hojas de las palmeras. Las olas del mar se acercaban y besaban la playa. Explotaban en una inmensa espuma blanca. El rey astro se escondía de a poco para darle lugar a su amante, que, bañada en plata, surgía tan linda e imponente. Y, de repente, con un suave golpe, copó el cielo azul. Pero, esa misma brisa tibia tocaba también aquel rostro, de una mirada fría y dura, que miraba todo el teatro que nos regalaba la naturaleza. ¿Cómo puede haber tanta indiferencia frente a tanta belleza?”

En mi caja de recuerdos, encontré lo que había dejado escrito mi mamá. Con ella, aprendí o he-

redé el gusto y la curiosidad por observar el cielo; al fin de cuentas, alguna vez la oí decir que la luna, las estrellas y el sol son únicos, y que, cuando miramos la luna, por ejemplo, en otros rincones del mundo, algún niño, como yo, también la está contemplando. ¡Pensar en esto me fascina! Estamos todos bajo el mismo sol y la misma luna. No menciono a las estrellas, no porque las haya olvidado, sino porque también aprendí que el sol es una enorme estrella.

Mi abuelo, a pesar de estar tan lejos porque vivimos en distintos países, pero siempre bajo el mismo sol y la misma luna, quiso llevarme al planetario, una de las tantas veces que fui a visitarlo.

Era un sábado de febrero, hacía muchísimo calor, estábamos en pleno carnaval.

- ¡Dale, Tincho! Apurate que la función empieza a las cuatro de la tarde.

- Sí, abuelo, ahora me pongo la remera.

Salir con aquella humedad y con semejante calor no me causaba ninguna gracia, aunque sabía que, lo que mi nono quería mostrarme, superaba cualquier sentimiento de molestia que podía traer ese clima.

Cuando llegamos al planetario, me sorprendió su forma, nunca lo había imaginado así. Era redondo.

- ¡Redondo como la tierra! - le dije.

Él apenas sonrió, pero no contestó nada. Me di cuenta de que tenía muchas ganas de sorprenderme, así, como sorprenden los astros del Universo.

Tomamos los primeros asientos que encontramos. El abuelo me agarró de la mano y susurró bajito en mi oído:

- Somos muy pequeñitos en el Universo, unos granitos de arena.

Yo no entendía muy bien qué quería decirme con eso. Pero, con el paso del tiempo, lo fui entendiendo. También lo pude comprender mejor tras haber visitado ese hermoso lugar.

La presentación empezó enseguida, era de noche, afuera de día. Con la cabeza tirada hacia atrás, me detuve a mirar el cielo nocturno. Tenía la sensación de que, desde arriba, a tantos kilómetros de distancia, nos alumbraban con pequeñas linternas.

- ¡Nono, nos están espiando desde el cielo! Mirá, todas esas luces que vemos, vienen de pequeñas linternas. ¡Nos están alumbrando!

Apenas terminé de decirlo, escuché la narración del hombre que presentaba la función del planetario: “Las luces que vemos tardan mucho tiempo en llegar a nosotros. Sabemos que la luz viaja a 300.000 kilómetros por segundo. Desde que es

emitida por el Sol, la estrella más cercana a nosotros, hasta que llega a la Tierra, pasan ocho minutos y veinte segundos.”

Ese mismo día, también me enteré de que la luz de algunas estrellas próximas puede tardar más de cuatro años en llegar.

- ¿Cuatro años, abuelo?

- Sí, esa cantidad de tiempo nos da la idea perfecta de la enormidad de las distancias en el Universo.

- Tenés razón cuando decís que somos unos granitos de arena.

- Además, Tincho, ¿sabés que las estrellas son gigantes?

- Abuelo, las vemos tan chiquitas...

- Son alrededor de 300.000 millones de estrellas.

- ¡No me lo creo! Me mentís, ¿no?

- Tincho, el sol es la estrella más cercana y por eso la ves tan grande.

- ¿Eso quiere decir que cuando la veo, vos, viéndolo en otro lugar, también la ves, igual que yo?

- Por supuesto, Tincho, pues estamos todos

bajo el mismo cielo, o sea, las mismas estrellas... el mismo Sol, la misma Luna. Así, nos sentimos más cerca.

Nunca me he acercado tanto a los astros, a las estrellas, a los planetas y a mi nono como en ese día.

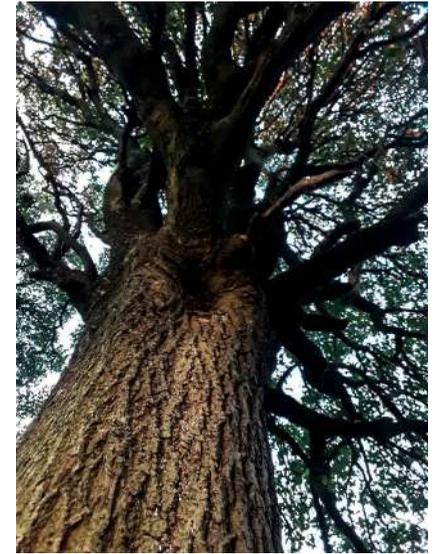
Hoy recibí un calendario que se llama VEO VEO EN EL CAMPO. Contemplando las fotos de dos añosos árboles, tomadas por alumnos de escuelas rurales de Azul en Argentina, he vuelto a descubrir el universo aquel que compartí con mi abuelo en otro mes de febrero.



Marilia Pelissari es brasileña, tiene 32 años y vive en Sao Paulo. Estudió Letras y es profesora de español hace 9 años en Colegio Bandeirantes. Actualmente, además de dar clases, estudia pedagogía por la mañana. Le gusta salir con sus amigos, ver películas y quedarse en casa con su gata, su compañera.

Nuria Carbó es argentina, tiene 45 años y vive en São Paulo. Estudio Letras y es profesora de español como lengua extranjera hace 23 años. Le gusta la buena música, estar horas charlando con sus amigas y viajar. Sueña un día volver a su patria.

MAR  
ZO



Brisa Fosca  
(7 años)  
Esc. N°9  
Paraje Manantiales  
de Pereda

Isabela Pardo  
(6 años)  
Esc. N°32  
Paraje La Primavera



## EL ÁRBOL

Fernanda Uhalde

Azul, Pcia Bs. As. (Argentina)

Después de ocho años de estar ausente de mi ciudad, regresé a la casa de mis padres porque mi hermano mayor, Roberto, se iba a casar con mi mejor amiga. Me sentía un poco nerviosa y con cierta pesadumbre que presionaba mi pecho, no sé si por nostalgia o por los nervios del regreso.

Mientras el colectivo circulaba por la rotonda de la terminal, los latidos de mi corazón se aceleraron. Cuando se detuvo, esperé y di paso a los demás pasajeros para que pudieran bajar; era como si mi cuerpo se negara a descender. En el momento de poner el pie en la plataforma, escuché que gritaban mi nombre: ¡Mía, Mía! Sentí que unos brazos fuertes me rodeaban. Cuando me recuperé de la sorpresa, vi los ojos de mi mamá y mi papá muy brillosos, a

punto de desencadenar una catarata de llanto, lo cual hizo que no pudiera contener mis lágrimas y así, por un buen rato, solo con los ojos llorosos, estuvimos sin decir ni una palabra.

No es que hiciera mucho tiempo que no veía a mis padres, porque ellos se encargaban de irme a visitar, cada vez que podían, los fines de semana, para Pascuas, o cualquier excusa era buena para mimarme. El tema era que yo no había vuelto a mi querida ciudad, incluso después de haber terminado mi carrera de Arquitectura. Además, gracias al promedio que obtuve en la Facultad, pude entrar a trabajar, antes de recibirme, en un estudio muy importante donde iba a poder adquirir experiencia y ésta tal vez era la excusa perfecta para no volver.

De camino a casa me contaron que Roberto quiso ir a buscarme a la terminal, pero no pudo porque tenían la charla prematrimonial en la Iglesia donde se officiaría el casamiento. Mientras papá sacaba la valija del auto, tomé aire como para darme fuerzas y sentí que mamá me tomaba de la mano para guiarme, como cuando era pequeña; una sonrisa escapó de mi boca. Percibí que todo iba a estar bien.

Mi habitación estaba igual. Mientras miraba los posters en las paredes, no pude dejar de suspirar y sonreír. Salí al patio y vi mi árbol, tan majestuoso como siempre, testigo de mis alegrías y de mis

tristezas, de mis logros y de los fracasos de mi infancia y adolescencia. Con el paso de los años se había formado en su tronco una nueva cavidad, todavía pequeña, pero lo suficientemente amplia para que alguna torcaza pudiera anidar allí. Me senté en la hamaca que cuelga de una de sus ramas, y los recuerdos comenzaron a aparecer impulsados por la magia de ese árbol inmenso y luminoso, siempre presente en mi vida:

Sebastián, el amigo de mi hermano, había venido a pasar unos días en casa, ya que ellos estudiaban y vivían juntos en la ciudad de La Plata. Sebastián era de Trelew y ese año sus padres habían decidido hacer un viaje para las fiestas y mi hermano los invitó a celebrarlas con nosotros. Desde el momento que lo vi, mi estómago comenzó a tener un carnaval de mariposas. Yo estaba en tercer año de la secundaria, mientras que él cursaba tercer año de la Facultad.

Esos días que compartimos fueron sublimes; puedo decir que me enamoré tanto que hasta me costaba respirar cuando lo veía. En año Nuevo, después de brindar, mi familia salió a la vereda a mirar los fuegos de artificios. Yo preferí ir al patio del árbol a sentarme en mi hamaca y observar desde allí. Pero no era la única que estaba en ese lugar. Sebastián me esperaba, tomó mis manos, me abrazó y me robó el primer beso. Sentí que el mundo se había

detenido. Con una sonrisa me dijo: “Feliz año nuevo”.

Después quise hablar de lo sucedido con él, pero solo se rio y, con una frialdad totalmente desconocida, me dijo que la vida no era una fantasía y que me olvidara de lo que había pasado. Algo se rompió dentro de mí.

Lamentablemente ese episodio me costó muchas lágrimas y ya no pude confiar en ningún hombre. Me dediqué a disfrutar de mis amigas y familia, quienes me ayudaron a salir adelante. La única que supo lo que había pasado era mi amiga Claudia, quien a la semana siguiente se convertiría en mi cuñada. Mis padres sabían que había sufrido un desengaño amoroso, pero no conocían bien de quien. A Sebastián nunca más lo vi: cuando llegaban con mi hermano a casa, yo me iba a lo de mi amiga; y cuando me fui a estudiar fuera de la ciudad, si me enteraba que él iría, yo no aparecía.

Estaba segura de que esa semana lo volvería a ver ya que él era testigo del matrimonio; sin embargo, como ya había pasado mucho tiempo, pensé que no me afectaría verlo.

Uno de esos días en que mi hermano y Sebastián se quedaron arreglando papeles -ambos trabajaban juntos- salimos con Claudia a disfrutar del buen clima y mientras caminábamos me preguntó si aún me afectaba hablar de Sebastián. Le dije que

no, pero sentí que por primera vez le mentía a mi amiga.

Finalmente el día de la boda llegó. Mi casa era un caos, éramos cuatro pero parecíamos un batallón de gente corriendo de un lado a otro. Parecía que la casa nos había quedado chica. Después de dos horas de idas y vueltas pudimos sentarnos en dos coches para ir directo a la Iglesia. Al llegar, mi hermoso hermano se dirigió al altar a terminar de arreglar todo y con mis padres nos sentamos en el primer banco. Estábamos muy nerviosos, pero muy felices. Mientras miraba lo linda que estaba la iglesia que conocía muy bien, ya que ahí fuimos bautizados, tomamos la comunión, nos confirmaron y hoy, mi hermanito se casaba, escuché que alguien saludaba con abrazos a mis padres: era Sebastián, quien no apartaba sus ojos de mí. No sabía si reír o llorar. Mi estómago era una revolución de sensaciones: su rostro, su traje, su perfume, todo era embriagador. Mis piernas parecían gelatinas. ¡Hola Mia! -me dijo- y su voz transformó mi rostro en asombro. Después de articular un simple hola, se sentó a mi lado, lo más campante. Durante la ceremonia, mis nervios se fueron intensificando, mi corazón palpitaba con más fuerza, las manos sudaban y mi cuerpo tenía un ligero temblor. Eso me producía la proximidad de Sebastián.

Cuando terminó la ceremonia, salí de la Iglesia casi corriendo para alejarme de él. Pero antes de

que alcanzara a retirarme me tomó del brazo y me dijo que teníamos que hablar. Estaba asustada, no pude responder nada; casi olvidé de felicitar a mi hermano y mi cuñada. Durante la fiesta, evité cruzar miradas con él, a pesar de que estábamos sentados en la misma mesa. Después de bailar el vals con mi hermano y mi papá, él quiso acercarse a bailar conmigo, pero me hice la que no me había dado cuenta y me fui a refugiarme al baño.

Una vez que todo terminó, me sentí liberada, pero ya en la habitación tardé mucho en conciliar el sueño.

El domingo amaneció muy lindo, ya mi hermano y mi cuñada se habían ido de viaje de bodas. Decidí pasar mis últimas horas en casa, en el patio porque me sentía acompañada por ese árbol que desde niña lo veía inmenso. En el terreno de atrás había otros árboles pero éste era mi favorito. Me encantaba tocar esa corteza rugosa del tronco y mirar el cielo a través del ramaje en las alturas. Mis pensamientos me llevaron a otros tiempos, cuando era niña y a la hora de la siesta, en verano, jugaba con amigas, protegida del sol y del calor por la espesa sombra de la copa del árbol.

La presencia de Sebastián me sacó de mis pensamientos. Nos miramos sin decir nada. Luego me preguntó por qué estuve huyendo de él durante la noche. Le dije que realmente no entendía su ac-

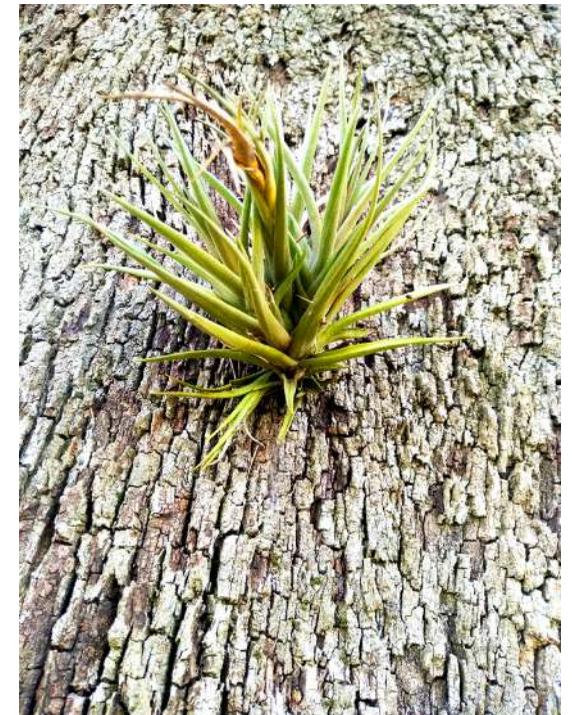
titud, ya que varios años atrás había sido muy claro con lo que sentía. Me confesó que siempre estuvo enamorado de mí. Que volvía a mi casa con la esperanza de verme. Que le dolía mucho mi indiferencia. Que nunca quiso hacerme mal, pero cuando me dio ese beso, se dio cuenta de que aun yo era muy chica y que tenía mucho por vivir y que él no tenía derecho a acapararme en su vida y que, desde ese momento, nunca dejó de pensarme. Que siempre estaba al tanto de lo que hacía y dejaba de hacer, ya que mi hermano hablaba mucho de mí. Incluso me confesó que muchas veces había ido a la salida de mi trabajo para verme de lejos.

Yo no podía creer lo que mis oídos estaban escuchando, cómo podía ser que todo lo que había soñado y por lo cual había derramado muchas lágrimas se estaba convirtiendo en realidad, ¿Cómo? Lo miraba, y seguía sin creerlo.

Solo te pido que me des una oportunidad, me dijo. No contesté nada. El se acercó y me abrazó. Con ese abrazo me olvidé de todo lo malo que había pasado, de todas las lágrimas que había derramado y decidí responder y corresponder a su abrazo.

Quería darme la oportunidad de soñar. El tiempo y mi árbol serían testigos.

# ABRIL



Fernanda Uhalde es docente. Toda su carrera la hizo, por elección, en Escuelas Rurales ( 37 Pablo Acosta; 41 Las Rosas; 38 Campomar y 39 La Chumbeada). Estando en Escuela 41, participó en el Hermanamiento con el Colegio Dulcinea, de Alcalá de Henares, España. En el año 2014, gracias a Azul Solidario, Acofar, y muchos otros pudo participar de una de las más grandes quijotadas: llevar a tres de sus alumnos a Alcalá, donde familias del colegio Dulcinea los acogieron en sus hogares conviviendo y compartiendo con ellos durante una semana, y mostrándoles su cultura y costumbres. Esto les permitió hacerse de un grupo de amigos cervantinos. Participó, con las escuelas rurales, de las videollamadas con España ( Colegio Dulcinea) y con Brasil (Colegio Bandeirantes).

Delfina Dupin  
(10 años)  
Esc. N°5  
Estacion Parish

Rufino Dupin  
(6 años)  
Esc. N°5  
Estacion Parish



EN ABRIL, AGUAS MIL

Antonia Cruzado Padilla

Alcalá de Henares, Madrid (España)

Dulc fué un valle muy verde y frondoso, pero con el paso del tiempo los veranos se volvieron muy secos y calurosos, los otoños muy poco lluviosos, los inviernos muy fríos y las primaveras costaba muchos llamarlas primaveras por su escasez de color.

A Joint le encantaba su valle tal como era, áspero y árido, donde las nubes de polvo eran las únicas que había visto a lo largo de su vida. Era para él un lugar perfecto, nunca había salido y no conocía otro entorno para comparar.

Como todos los días al volver del colegio, cambiaba la mochila de los libros por el botijo para ir a buscar agua a un pozo cercano. Caminaba cantando, jugando y dando patadas a las numerosas piedras

que se iba encontrando por el camino. En estas estaba, cuando vio una luz que lo eliminó todo, seguido de un fuerte estruendo. Joint había presenciado un trueno y un rayo por primera vez en su vida.

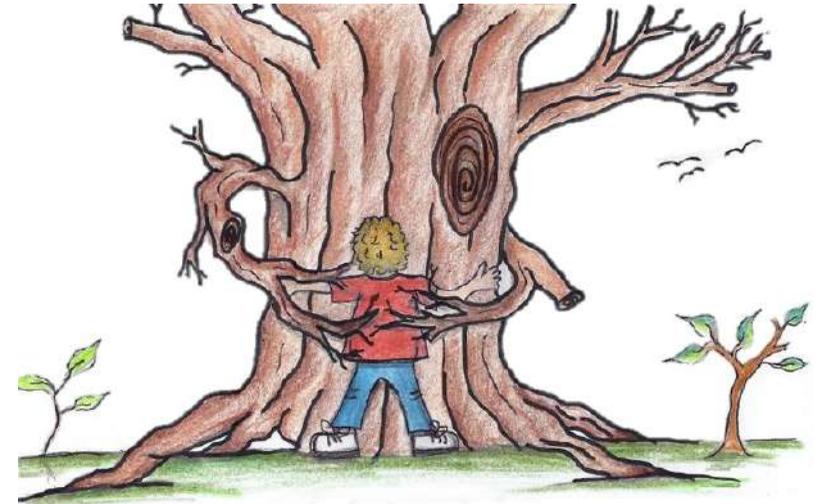
Sintió miedo, se abrazó al botijo y empezó a correr.

Un tropel de lluvia, granizos, barro y agua surgió de lo alto de la montaña sin nada que lo pudiera parar. La avalancha le empujó ladera abajo. Lloraba y gritaba, pero nadie podía oírle. Transportaba todo tipo de objetos y con ellos también a Joint. Cerró los ojos, no quería ver el río en que se había convertido su valle y pensó que de allí no iba a poder salir con vida.

De pronto sintió que algo o alguien le sujetaba mientras el agua seguía corriendo, arrastrándolo todo. Era un tronco de árbol que con sus fuertes ramas le rodeaba y protegía; siguió con los ojos cerrados y respiró profundamente invadiéndole una sensación de seguridad y paz. ¡Se sintió a salvo!

Los truenos se fueron silenciando, los granizos dejaron de golpear, la lluvia cesó y el barro fue bajando hasta que por fin pudo poner los dos pies en el suelo. Se soltó de las ramas que le rodeaban con cuidado y se tumbó en la tierra ¡Qué miedo había pasado! ¡Por fin estoy seguro, todo ha pasado! Cruzó los brazos sobre su pecho, se le cerraron los ojos y vino el sueño.

No sabía cuánto tiempo había pasado, al despertarse miró para todos lados y solo le acompañaba el gran tronco de árbol que le había salvado.



Sintió la necesidad de abrazar o de que le abrazara alguien ¡Pero solo estaba el tronco del árbol!

Lo miró con detenimiento y pensó que el también lo había pasado muy mal; fue corriendo hacia él, lo rodeó con sus brazos, acercó la cara y lo llenó de besos. ¡Quería mostrarle su agradecimiento!

En ese momento, el suelo empezó a moverse surgiendo numerosas raíces que se fueron extendiendo y de las que nacieron otros árboles, plantas y flores, mientras más besos y abrazos le daba más raíces y árboles surgían hasta que todo el valle Dulc

volvió a convertirse en un preciosos bosque. Pudieron volver los pájaros, los conejos, las ardillas, las mariposas, las abejas, las libélulas, las ranas y todo tipo de animales.

Le gustaba mucho ese nuevo valle ¡Qué feliz estoy!

En ese momento, se oyó una voz que decía:

“Joint despierta y ponte los calcetines ique está lloviendo!, itienes que ir al colegio!”

“Mamá ven y siéntate a mi lado en la cama que te tengo que contar un cuento...”



Antonia Cruzado Padilla (Toñi) es profesora de Infantil, Primaria y secundaria. Nació en Álora, Málaga. Desde los 16 años empezó a ejercer de maestra en unas escuelas rurales. A partir de aquí siempre ha estado ligada a los niños y a su educación impartiendo distintas áreas curriculares, con diferentes responsabilidades, desde tutora hasta directora en la actualidad en Colegio Dulcinea de Alcalá.

Entre los diferentes proyectos a los que se encuentra vinculada están el de la coordinación de la biblioteca general del centro y el de hermanamiento con las escuelas rurales de Azul en Argentina, con él desarrolló un proyecto literario anual.



MA  
YO



Sheila Jazmín  
Altamirano  
(7 años)  
“Nuestras Raíces”  
Esc. N°32  
Pasaje La Primavera

A photograph of a tree trunk with a large, hollowed-out section. The hollow is dark and deep, and the surrounding bark is thick and textured. The tree is set in a natural outdoor environment with other trees and greenery in the background.

Melany Martel  
(7 años)  
Santiago Zabala  
(10 años)  
Esc. N°50  
Paraje La Sofia



“Aquellos que sueñan de día comprenden muchas cosas que escapan a los que sueñan solo de noche”

Edgar Allan Poe

## TRIFOLIUM ANIMANS

Analía Di Pascuale

Azul, Pcia de Bs. As. (Argentina)

La desaparición del herborista y explorador ruso, Aleksandr Bogdanovitch, en el bosque de Broceliande, el 5 de septiembre de 1915 y con el toda su investigación, produjo un incidente diplomático entre el Imperio ruso y el país galo. La Zarina apoyó incondicionalmente al diabólico Rasputín pero Francia negó que la investigación existiera.

La esposa del profesor Bogdanovitch y su hija Nina se instalaron cerca de la aldea de Paimpont

con la esperanza de encontrarlo aún con vida, pero un año después, durante una de las batidas organizadas en el bosque de Broceliande, el drama se repitió y ambas desaparecieron como por arte de magia. Durante algún tiempo continuó la búsqueda, pero al no hallar ni un rastro, el asunto quedó archivado.

Sin duda la investigación del botánico existió y era demasiado importante para dejarla en manos de Rasputín, un hombre sin escrúpulos y oscuro, cuyo único objetivo era encontrar el elixir de la inmortalidad sin importar ninguna otra cosa. Lo que no está muy claro aún es si el profesor sobrevivió, y si se reencontró con su esposa e hija, pero me gusta pensar que lo hicieron. Quizás se escondieron en el frondoso bosque de Broceliande, al que Bogdanovitch conocía tan bien como la palma de su mano y donde las maravillosas criaturas que descubrió, y por las cuales resignó su trato con el Imperio para protegerlas, lo ayudaron a hacerlo. Esas “hadas”, como él las llamaba, al parecer tenían poderes extraordinarios y él lo sabía, eran más que criaturas animadas que habitaban las plantas, tenían la “capacidad de reflexión”...

A esta altura se estarán preguntando por qué les cuento esto y cómo puedo estar tan segura de su existencia...

¡Yo misma las he visto!

Hace apenas unos días, mientras realizaba una de mis habituales caminatas por el campo, me detuve a descansar sobre un viejo tronco, seco al parecer, pero al cabo de un rato, mientras la luz del débil sol de mayo entibiaba mi rostro, observé en la base de aquel añoso eucalipto, entre las nudosas raíces, unos pequeñísimos especímenes de *Trifolium repens* (tréboles blancos) que afloraban en la superficie. Intentando saber si habría entre ellos alguno de cuatro hojas (cuyo hallazgo me traería suerte según la tradición) me acerqué un poco más y fue en ese momento cuando percibí a ese ser animado. A primera vista pensé que era un diminuto insecto, pero pronto descubrí que no. Debajo de uno de los foliolos se asomó una diminuta criatura y comenzó a danzar como la descubierta por el profesor Bogdanovitch. Le tendí mi mano y saltó inmediatamente. Hizo su saludo característico y luego una especie de reverencia, como diciendo gracias. ¿Por qué, me pregunté? Soy yo la agradecida por revelar su presencia ante mí.

Continuó contoneándose un buen rato como si quisiera transmitirme un mensaje, pero yo no lo graba comprender. Estaba atónita ante tamaña revelación.

Pasado en parte mi estupor, y sin alejar mi mirada ni por un solo instante, le susurré:

– ¿Qué quieres decirme? – como intentando comunicarme y entender el mensaje.

Dio una pequeña voltereta y desapareció de mi mano. Creí que la había asustado y se había ido, pero luego sentí una leve cosquilla en el lóbulo de mi oreja y una suave vocecita comenzó a hablarme.

– Es verdad, existimos y estamos en todos lados para cuidar de vosotros y de todo el planeta. El profesor Aleksandr Bogdanovitch salvó nuestra vida al no entregar sus investigaciones a Rasputín, pero no fue el único, hubo otros, muchos otros Aleksandr que continuaron protegiéndonos y ahora es tu turno... te toca a TI.

Y A TI.

Analia Inés Di Pascuale es profesora en Enseñanza Primaria. Especialización Superior en Educación Primaria y TIC. Operador en Psicología Social. Desempeño: Docente Rural. Ex Directora de Escuela N°53 “Ricardo Güiraldes”, Paraje “Siempre Amigos”.

Co-iniciadora del Proyecto “El Quijote nos Une”. Integrante de la delegación que viajó a Alcalá de Henares en el marco de dicho proyecto.

# JU NIO

Valentina  
Mandagarán  
(8 años)  
Esc. N°32  
Paraje  
La Primavera

Fiama Cabot  
(11 años)  
Esc. N° 50  
Paraje La Sofia





## MI NOMBRE ES ROBERTO

María Laura Franco

CABA (Argentina)

Mi nombre es Roberto y me gustaría compartirles algo que me pasó el otro día, cuando se me acercó un pechito colorado. Y también sobre la sorpresa que nos llevamos juntos. Pero antes de contarles eso, me voy a presentar mejor.

Nací en el campo hace mucho tiempo y aunque no tengo computadoras ni teléfono no me siento solo para nada. No sé qué es la soledad. Soy muy afortunado, mis vecinos ya son como mi familia y vivo en un lugar privilegiado. Tengo las mejores ventanas de la zona porque puedo contemplar el amanecer, allá donde se pintan esos rayos de luz que me despejan los molinos y las aguadas, cuando el rocío comienza a evaporarse y pintarse la sierras a mi alrededor, de colores sólidos como son los verdes y co-

brizos. Y al mismo tiempo se respira el frío húmedo, que cala hondo y me gusta tanto. El atardecer es mi momento favorito y ver como se guardan la mayoría de los bichos que caminan y vuelan, y ahí me gusta jugar un juego. A veces gano, otras pierdo. Pero cuando el sol se pone, en el momento exacto que toca la tierra por allá, empiezo a contar. No llego a 47 y ya se metió. Aplaudiría, lo juro. Cuando está nublado me pongo un poco de mal humor. Voy al ritmo de la naturaleza. Trabajo cuando debo y descanso cuando merezco. Gracias a mi conexión con la tierra sepan que puedo hablar con los humanos como con los animales, aunque parece que tengo un imán con los pájaros.

Yo estaba como siempre, tranquilo, viendo mi paisaje infinito. Una brisa ligera del sur se colaba entre nosotros. A la casa de mis vecinos ya habían llegado las niñas de la escuela y sabía que después de la merienda saldrían a jugar cerca de mí. De repente llegó él.

-Pío pío

-Hola, Roberto me llamo.

-Pío pío

-Un gusto, Julio. Hoy sí que hace frío. Amanecemos con la helada, la escarcha hacía de espejo allá lejos. Todo estaba cubierto de hielo transparente. Está fresco, pero lindo.

-Pío pío

-Abriga esa campera roja, ¿no? Mejor cuídate, no sea cosa que te resfríes y después andá a cantarle a Gardel.

-Pío pío

-El saludo no se le niega a nadie.

-Pío Pío

-No, no tengo nada que hacer, nunca me he movido de acá. Yo ya eché raíces

-Pío pío

-¿Un consejo? Los mayores estamos para eso, pibe. Contame.

-Pío pío pío

-Claro que sé jugar. ¿Cómo te crees que pasé mi vida? Cuando llegues a mi edad te vas a dar cuenta que la vida misma es un gran juego.

-Pío pío

-No, no me enojo cuando pierdo.

Mientras se acerca y se acurruca cerca de mí, me dice:

-Pío pío

-¿Por qué estás enojado?

-Pío pío

-No chiquito, el que se enoja, pierde, pero de verdad. ¿Qué te pasó?

-Pío pío pío pío pío

-A ver si te entendí bien, estabas jugando con tus amigos a las escondidas y te descubrieron cinco veces seguidas primero a vos.

-Pío

-No llores, tomá aire. Pensemos...no podés enojarte con tus amigos. A veces la solución está en uno, no en el otro.

-Pío pío

-Tranquilo. No llores. Tomémonos un ratito.

Nos quedamos pensando en silencio un buen rato. Su respiración se fue calmando, el cielo se pintó de rosa ya que el sol comenzaba a ponerse y cuando iba a comenzar a contar...

¡Rojo!, grité

Me di cuenta enseguida lo que le sucedía a Julio.

Mirá a tu alrededor. ¿Qué color predomina? Mirá a tu alrededor, el pasto, el monte, por allá el camino hasta la tranquera...

-Pío

-Verde, exacto. Ahí está la respuesta. Te encuentran porque sos rojo. La solución entonces es camuflarte con hojas y ramas verdes o marrones.

-Piiiiiiii

-Ah, ¿viste que se te iba a pasar? Vamos, manos a la obra.

Busqué hojas de su tamaño y algunas babas del diablo y un par de caracoles. Comencé por su pecho, que era donde más trabajo teníamos. Mientras lo disfrazaba le contaba cosas... Una vez soñé que volaba, pero no era por acá, era por el pueblo. Y me desperté porque casi me la doy con una torre. Claro, hasta en el sueño no sabía volar. Se reía y se dificultaba la tarea. También le enseñé quien fue Atahualpa Yupanqui porque al verlo cambiar de apariencia recordé una de mis frases favoritas y le dije:

-“Un amigo es uno mismo con otro cuero”.

Él quieto y yo seguía. Una hoja marrón por acá, otra verde. Era tan suave y pequeño que temía romperlo. Él confiaba, seguía mis indicaciones, levantaba una alita y yo pegaba - puaj - con la baba de un caracol una hoja más pequeña. Se daba vuelta y sentía su corazoncito palpitar cada vez más despacio. Cuando Julio se miró las alas y su pecho rojo, ahora todo cubierto de verde, no lo podía creer.

-Pío pío

-De nada, hay cosas que no se agradecen. Me gusta que te me hayas acercado. Me gusta conversar. Necesito que practiques si podés volar, pichón. Porque ahora te vas a sentir más pesado.

Conté hasta tres y salió con dificultad, giró su cabecita y lo ví sonreír. Pero inmediatamente volvió.

-Pío pío

-Claro que ya somos amigos. Para la amistad no hay edad. Ya sabés donde encontrarme siempre.

-Pío pío

-Bueno te cuento algo más, pero luego vas a tener que ir a jugar y a probar nuestro invento. Va a oscurecer pronto.

Fue así que le conté la fábula que decía que hace miles de años sus ancestros volaron a pedirle al Sol que los pintara de colores y el Sol, asustado porque veía cómo se acercaban sin saber que se podían quemar, decidió pedirle a las nubes que lo cubrirán. De golpe se largó a llover, las nubes se abrieron y apareció un arcoíris. La bandada de todos los pájaros de la tierra lo atravesaron y fue ahí que volvieron pintados de colores.

-Pío pío

A mí los refranes y las fábulas siempre me gustaron. Le estaba por contar algo sobre el valor de los árboles cuando las niñas salieron a jugar.

-Pío pío

Sí, las veo y las conozco muy bien. Son Fiana y Valentina. Mis vecinitas. Las vi nacer. Ellas también son mis amigas.

-Pío pío

-¿Qué querés que te cuente?

-Pío pío

-Recuerdo hasta el día que les enseñaban a caminar. Eso de gatear me resultaba tan gracioso... creería que yo nací de pie. Me encantaba verlas en el barro. No le hacían asco a nada. La lluvia es una bendición para todos nosotros. Dicen que la imaginación es un lugar donde llueve. Bueno, cuando sos pequeño no hay límites para eso. La realidad es lo imaginario y lo que imaginan es tan real como esos castillos que armaban. O vasijas o platos con barro, pero para ellas era cerámica.

-Pío Pío

-Se me nota mucho, ¿no? Sí, las quiero. También las veía contentas cuando volvían con los huevos del gallinero. Si traían más de seis, yo sabía que a la tarde volverían de la escuela y su mamá las espe-

raría con el budín de naranja que tanto les gustaba. La libertad con la que han crecido acá en el campo es impagable.

-Pío pío

-No, no tengo plata. ¿Vos tenés plata?

-Pío

-En lugares como éste el dinero no tiene valor.

-Pío pío

-¿Qué cómo aprendí a contar? Claro, es cierto, yo nunca fui a la escuela, pero gracias a las tortas de sus cumpleaños vi números por primera vez. Se aprende mucho observando, pero hay que ser curioso y preguntarse muchas veces las cosas hasta entenderlas. Acá, en el medio del campo han venido el ratón Pérez, Papá Noel y hasta los Reyes Magos. Yo debo haber estado dormido profundamente porque nunca pude conocerlos. Ellos venían cada tanto, yo en cambio estoy siempre. No les he regalado nada tan grande ni espectacular, pero dejo que me trepen, u ofrezco cobijo, seguridad, sombra. Una vez por año les obsequio perfume.

-Pío pío

-¿Qué hacen? ¿Vos las ves? Se están acercando. No te vayas. Pará, no te vayas. Si total no te van a descubrir. Uy, quédate quieto. Nos están sacando

fotos. ¿Quién querría sacarle fotos a un viejo árbol como yo?

-Pío pío pío pío pío pío pío pío pío pío pío

Lo miro a Julio y estaba sacudiéndose para todos lados, con su pico se sacaba todas las hojas que habíamos usado para camuflarlo. Le preguntaba qué le pasaba y no me contestaba. Si yo lo había visto, él estaba feliz pero no, ahora sólo quería sacarse todo. ¿Le habría dado alergia?

- Julio ¿qué te pasó?

- Pío pío pío

Y al escucharlo sentí que todo yo temblaba y no era el viento. Me invadió un calor interno que me subió hasta el tronco y creo hasta haber llorado de la emoción. Julio quería estar en la foto, conmigo, y la única manera de que eso fuese posible era siendo él mismo. Como vino al mundo.

A pesar de que no llegó a sacarse todo de encima y mientras las niñas se alejaban, Julio me dice:

-Pío pío

- Ya lo creo amiguito, los dos hoy aprendimos algo.

María Laura Franco es azuleña radicada en Buenos Aires, productora y gestora cultural.

Se desarrolló como productora de radio de Alejandro Dolina y luego pasó a la televisión produciendo programas periodísticos y telenovelas.

En el 2007 funda su productora y editorial Malapop y así de manera independiente genera contenidos para canales de televisión. Actualmente produce contenidos para Fundación Biro sobre inventiva. En el 2021 está desarrollando contenidos sobre el aniversario de los “700 años del Dante” y también es parte como coordinadora en La productora Sinapsis en el diseño de formatos televisivos internacionales. Está casada con el músico Kevin Johansen con quien tienen 2 hijos.



Guadalupe Celiz Berestain  
(11 años)  
Esc. N°9  
Paraje Manantiales de Pereda

Maximiliano Fosca  
(9 años)  
Esc. N°9  
Paraje Manantiales de Pereda





## LA SORPRESA

Verónica Viviana Crisafulli

Azul, Pcia de Bs.As. (Argentina)

El día estaba nublado, todo hacía pensar que en poco llovería. Guille se apresuraba a entrar la leña para la estufa, como le había encargado su mamá mientras recogía la ropa del cordel. -Parece que hoy no tendremos clases, murmuró con un halo de tristeza... Justo hoy que la seño nos daría una sorpresa. La madre le recordó que, cuando llueve, los caminos no permiten que la maestra ni los chicos puedan llegar a disfrutar de ese tiempo tan esperado. Pero bueno, tendría que esperar al otro día ya que ahora sí, no solo había ese olor a tierra mojada sino que encima el tronar en el cielo se parecía a las películas de guerra que mira su papá.

Guille logró ocupar su tiempo anotando en su diario todo lo que le contaría a Manu, su amiguita de Alcalá de Henares, isí, en España!.

En clases habían logrado conectarse con un colegio de aquella ciudad lejana donde además las maestras de aquí y de allá charlaban al menos un ratito en la semana. Claro, ¡qué distintas eran sus vidas!

Guille le contaría que esa mañana antes de la lluvia había ido con Carlitos al corral de las gallinas a juntar huevos y, corriendo de regreso a la casa, se había dado un resbalón tan grande que terminó en el suelo y con un huevo roto en su cara.

Mientras escribía, Guillermina empezó a reír pensando que Manu también sentiría gracia cuando le contase.

Era tan lindo como inquietante tener una amiga viviendo en un lugar tan alejado, con juegos y costumbres tan distintas; pero lo peor es tener la certeza de que nunca la vería de cerca, ni podría contarle un secreto o una broma al oído.

Después de renegar con Carlitos que todo el tiempo quería saber qué escribía, al fin la mamá dijo “chicos a cenar”. El día terminaba con la ilusión de que mañana sí habría clases y la seño daría la sorpresa.

El despertador de cada día sonó, pero esta vez su canto parecía diferente, ya estaba viejito Tomás -así lo llamaban al gallo cantor.

Guille miró por la ventana; los rayos del sol iluminaban las delgadas ramas del árbol donde jugaban con Carlitos; el cielo se veía distinto; ese amanecer pintaba de colores las plantas, sin dejar huella de la gran tormenta que interrumpió la normalidad en el paraje.

Luego de embellecer su mirada con esa escena parecida y puesta allí como escenario preparado para la obra artística -sí, la de la seño-, llegaría la sorpresa. Más pronto se vistió y desayunó, más pronto que otras veces..

Después de izar la bandera y sentarse en sus lugares, nadie se atrevía a preguntar; el silencio nunca visitaba el salón, hasta que de repente la Seño Susana dijo: ¡Nos vamos a España...viajaremos a Alcalá de Henares!

El silencio volvió con más intensidad pero solo un instante.. ¿Volaremos en avión? ¿Cuándo nos vamos? ¿Cómo será el viaje? ¿Cómo es la escuela allá?. Muchas preguntas, mucha alegría, mucha curiosidad inundó el aula y ya nadie pudo pensar en otra cosa. Desde el fondo se escuchó un grito cargado de emociones: ¡Conoceré a Manu!. Sííí, dijo Guillermina- la veré y tendremos muchas charlas. Ese fue un día diferente, lleno de emociones, alegrías, planes, búsqueda en libros y en la red acerca de Alcalá de Henares, la ciudad de Cervantes, la ciudad del Quijote.

Guille seguía imaginando cómo sería ese encuentro, hasta que al fin dijo: ¡podré decirle al oído lo que hoy aprendimos, señor!

¿Qué aprendimos si aún no abrimos la carpeta siquiera?

Le diré a Manu que Nada, pero, ¡Nada es Imposible!



Verónica Crisafulli inició su carrera docente en Escuela 40, hoy cerrada. Fue un gran desafío y significó mucho esfuerzo el hecho de ir y volver haciendo “dedo” con la otra maestra. También trabajó en Manantiales de Pereda, Escuela 9 y terminó su paso por la docencia acompañando, desde el rol de supervisora, a varias escuelas rurales. Guarda hermosos recuerdos de la ruralidad, sus niños, sus aprendizajes en contacto con la naturaleza, su disposición y agradecimiento.



## LA RUTA MÁGICA DE AZUL

Bruna Evangelista & Valéria Moraes

San Pablo (Brasil)

Dedicado a todos los profesores del mundo  
y a los niños de Azul  
por permitirnos la capacidad de soñar.

Érase una vez un caballero valiente que vestía una rara armadura y que salió rumbo a un lugar desconocido. Se cuenta que en una noche de julio embarcó junto con su caballo flaco en un barco hacia América. Su destino era una ciudad perdida sobre la cual conquistadores hablaban que era mágica y que en ella vivían seres extraordinarios y allí había, también, incontables aventuras. Todo iba bien en el mar, en aquella inmensidad azul, donde se

encontraban el cielo y el agua formando una imagen infinita, hasta que una noche la embarcación en la que él viajaba enfrentó a una terrible tormenta. Relámpagos rascaban el cielo violentamente y el ruido que hacían los truenos era ensordecedor. El mar estaba revuelto y la barca se agitaba de un lado a otro intentando resistir a los maretazos, hasta que la más grande de las olas se tragó la pequeña embarcación. En aquel terrible momento, el valiente caballero pensó que todo estaba perdido, que la aventura se había convertido en una terrible pesadilla y que su caballo había muerto. Nada quedó del barco...

Cuando volvió a abrir sus ojos, se dio cuenta de que la tempestad finalmente se había terminado y que por suerte estaba vivo. Mientras intentaba acordarse de lo que había pasado, el caballero percibió que había llegado a las orillas de un arroyo y que su caballo estaba allí seguro, junto a él. Pero, ¿dónde estaban? ¿Habrían llegado a la ciudad perdida?, ¿Cómo habían llegado allí? - pensó mientras se erguía. Enseguida, empezó a caminar por las márgenes del río mirando todo a su alrededor. No podía creer en lo bonito que era el lugar. Los valles y sierras del entorno estaban cubiertos por diferentes tonos de verdes, de un verde que jamás había visto. Le pareció que las montañas eran, en realidad, dibujos, tan perfectos sus trazos y sus formas: no cabían dudas de que eran las montañas más bellas del

mundo. Los diferentes árboles eran tan exuberantes y majestuosos que se parecían a grandes dioses. El cielo era tan, tan azul, que creyó no ser posible describir aquel color en palabras. Estaba en un lugar mágico, de eso estaba seguro y, por eso, lo nombró como El Reino Mágico de Azul.

El caballero caminó al azar durante algunas horas...Tal vez días sin encontrar a nadie que lo ayudara. Estaba perdido y contaba solo con la compañía de su débil caballo. Tenía hambre y frío, pues era invierno en aquella región. En aquel entonces ya había empezado a dudar de que realmente no estaba en su destino imaginado, pues en la ciudad perdida vivía mucha gente que podría ayudarle y allí donde se encontraba no había nadie, realmente nadie. Estaba totalmente solo y desilusionado. Al final de un día de una larga caminata, resolvió recostarse bajo las sombras de un gran árbol para descansar. Sus ojos estaban cerrados y casi se había dormido cuando, para su sorpresa, oyó a alguien llamarle. Cuando volvió a abrir sus ojos se dijo a sí mismo: “¿será ese, efectivamente, un lugar mágico?”.

Como no podía creer en lo que veía delante de él, fregó sus ojos un par de veces. ¿Qué criaturas tan raras eran aquellas? Aquellas figuras eran tan, pero tan pequeñas que mal se podía verlas, aunque sus voces sonaban como la de los humanos. Sus cuerpos no seguían un patrón, por lo que tenían diferentes formas y características. En una sola mira-

da, notó que algunos de aquellos pequeños seres se parecían a conejos, otros a ranas y algunos a zorros. Sus ojos tampoco eran iguales ya que algunos de ellos tenían ojos de búhos, otros de pez, otros de jaguar y algunos de culebra. Y lo más raro de todo aquello es que algunos de ellos eran una mezcla de varios animales y todos ellos podían volar. Eran seres fantásticos, obra de encantamientos, pensó el noble caballero.

Las figuras fueron acercándose a él, hasta que una de ellas le saludó:

– Bienvenido al Reino Mágico de Azul, noble caballero. Supimos que un valiente hombre había llegado a nuestro reino y pronto salimos a su encuentro, pero no logramos encontrarlo. Lo buscamos por todas partes.

Fue, entonces, que el temor que sentía el caballero se convirtió en una mezcla de alegría, sorpresa y curiosidad. Tuvo, por fin, la certeza de que no estaba en la ciudad perdida. Pero ¿qué tipo de lugar era aquel? ¿Por qué nunca antes había visto semejantes seres? Por un momento creyó que se estaba volviendo loco o que todo aquello era obra de encantamientos.

El valiente caballero y las pequeñas criaturas caminaron juntos hacia un valle de La Sierra del Azul, donde quedaba el pequeño pueblito en que habitaban. Los pequeñitos - como les nombró más tarde el

caballero - le ofrecieron un hogar donde descansar y le dieron comida, pues él estaba hambriento (aunque sus casas fuesen chiquitas, él cabía perfectamente en el espacio (como por arte de magia). Por la noche, mientras cenaban, ellos pudieron conocerse un poco mejor. El hombre que era de algún lugar de la Mancha de cuyo nombre no podía acordarse empezó a narrarles sus hazañas y aventuras vividas en una lejana tierra llamada España, lo que les impresionó muchísimo. Admirados por la valentía del caballero, los pequeños seres decidieron contarles el secreto mejor guardado del Reino Mágico de Azul: su misión era proteger el Reino y su naturaleza de los gigantes impiadosos que querían destruir el bosque, los animales y los hombres del Reino Azul. Ellos eran seres mágicos, los verdaderos protectores de la naturaleza de este lugar que habían sido enviados por hadas para defender este santuario.

Los pequeñitos llevaron a nuestro valiente caballero a pasear por el bosque. Mientras él cabalgaba su caballo, los pequeñitos volaban en las alas de mariposas multicolores riéndose en un juego muy divertido. De repente, en la boca de la sierra aparecieron gigantes que asustaron tanto a los seres mágicos como al valiente hombre. Aquellos gigantes malos estaban allí para destruir el lugar, para apresar las criaturas que protegían aquel paraíso y, también, para vencer al más valiente caballero manchego ya conocido y que, ahora, estaba en aquellas tierras con una misión fantástica de protegerlas.

De repente, un pequeñito ser que tenía cabeza de búho, las alas de águila y el cuerpo de zorro sopló un polvo dorado mágico de pirlinpinpín sobre el caballero que se volvió inmediatamente grande y arremetió contra los gigantes. El valiente guerrero ahora estaba encantando y tenía la fuerza de cien mil hombres juntos. Con el arte de la magia, cada golpe de su espada transformaba los gigantes en piedras y, rápidamente, los venció uno a uno. Se cuenta que hasta hoy día se pueden avistar en las montañas de la Sierra del Azul los gigantes inmortalizados hechos piedras.

Los pequeñitos se quedaron muy alegres por la victoria y prometieron que jamás se alejarían de aquel sitio. En conmemoración, llevaron a nuestro caballero para una ronda más en una foresta de lindos árboles con tallos retorcidos y fue recibido por el más bonito canto de los pájaros, por un baile de luciérnagas y por un desfile de mariposas jamás visto en Azul. Como premio por la indescriptible batalla, un hada con un hermoso vestido brillante apareció en una nube y prometió a las criaturas protectoras del Reino de Azul que iba a brindar aquellas tierras con un arroyo que jamás conocería la sequía, y al caballero le regalaría la memoria eterna de su pasaje por aquellas tierras y su hazaña sin par.

Después de esta aventura, muy pronto, el caballero se encontró con su mejor amigo - que mucho después se supo que también era su escudero y que

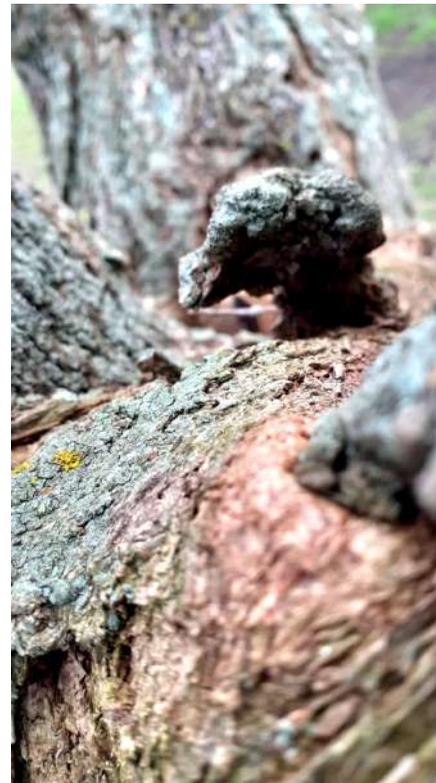
venía desde la península a su encuentro. Se cuenta que el escudero apareció por allí de la misma manera que su amo, es decir, le trajo una tempestad encantada desde el otro lado del océano. Ambos se marcharon de Azul en busca de más aventuras por el mundo.

Se cuenta que los pequeñitos aún viven en los bosques del Reino del Azul como protectores de la naturaleza. Ellos hacen morada en los huecos de los árboles, se bañan en los rayos de sol, silban con el viento, besan las flores y, por las tardes, juegan en las aguas del Arroyo Azul o juegan al escondite en la copa de los árboles. El mayor secreto de ellos es que solo se desvelan frente a las miradas más puras, es decir, solo los niños pueden verlos. Sin embargo, todo habitante de este mágico lugar tiene como deber preservar las bellezas de este reino sin par y cultivar las memorias de un noble caballero andante que un día visitó estas tierras.



Bruna Carolina Evangelista nació y vive en São Paulo. Es profesora en colegio Bandeirantes y amante de la literatura. Encontró en los libros la posibilidad de imaginar diferentes formas de ser en el mundo, así como infinitos mundos posibles.

Valeria Moraes es brasileña, tiene 39 años y vive en São Paulo. Le encanta la naturaleza, la música y las comidas brasileñas. Es apasionada por Latinoamérica, por Don Quijote y quiere aprender a tocar el violín. Su sueño es viajar el mundo en una bicicleta al lado de Tito, su hijo de dos años.



Ludmila Fosca  
(12 años)  
Esc. N°9  
Paraje  
Manantiales de Pereda

Thiago Bermay  
(10 años)  
Esc. N°65  
Est. Herrera Vegas





## EL MONTE MÁGICO

Griselda N. Redondo

Azul, Pcia de Bs.As. (Argentina)

Es invierno, los días son muy cálidos y hermosos si sale el sol, y tristes o grises si él no está. Ludmila y Thiago viven en un campo de la región pampeana, precisamente en la Provincia de Buenos Aires, de la ciudad de Azul, y en esta época hace mucho pero mucho frío.

Ellos concurren a una escuela de campo y a veces deben atravesar heladas y escarchas muy fuertes, como también caminos rurales en mal estado después de varios días de lluvia. Tienen la suerte de vivir en contacto con la naturaleza, ir a caballo a la escuela, inventar juegos con elementos de la naturaleza, contar anécdotas de sus animalitos, ordeñar sus vacas, colaborar en la elaboración de los alimentos que consumen, también de soñar y cuestionarse algunas cosas.

Aprendieron con sus seños que la Tierra es redonda, que ella está en constante movimiento y todos los que habitamos en ella somos seres vivos, entre ellos los árboles. Todos tienen su habitat o lugar de residencia.

Los dos son muy curiosos, en los recreos o pausas salen a jugar al monte de Eucaliptos que protege su escuelita.

Como siempre inventan cosas nuevas, se desafiaron a hacerse preguntas sobre ellos, los Eucaliptos. Y así comenzó el cuestionario:

Ludmila: - ¿Sabés cuántos árboles hay acá?

- ¿De dónde son originarios?
- ¿Quiénes los habrán plantado? ¿Para qué?

Thiago: - Mirá, Ludmila, yo no sé cuántos árboles hay, ni de dónde vinieron o quiénes los trajeron; lo voy a investigar pero hay algo que ahora puedo responderte.

Mi abuela Emilia me contó que cuando ella venía a esta escuelita no había árboles y fueron su seño, sus compañeros y ella quienes los plantaron. Pasaban días de muchísimo calor cuando se acercaba el verano, y muchísimo frío en el invierno. Los cuidaron, eran muy frágiles. Y fijate el monte que se formó. A ella le gustaba acariciarlos, porque eran muy suaves y lisos, le recordaba mucho la suavidad

de la maicena, y el color gris de su tallo los hacía diferentes de otros árboles.

L: - ¡Qué lindo lo que me has contado!

Podríamos algún día ir a visitarla y sacarnos muchas dudas.

Mi familia no es de acá y seguramente tendrá otra historia para contar. Ya me encargaré de saberlo. ¿Y cuáles serán la de las familias de nuestros compañeros?

Te invito a hacer algo juntos, vamos a caminar, observar qué vemos y qué pasa en este monte.

Salieron y empezaron a fijarse que lo más lindo que tiene este monte es la sombra; los árboles son tan altos que ella se extiende para el lado opuesto de donde está el sol. Recordá que cuando llega el calorcito, la Seño nos abre las ventanas y, mientras estamos trabajando, el viento fresco nos acaricia y nos cubre cuando nos tiramos al pasto debajo de él. Además, de acuerdo con la velocidad del viento, hacen música, y se parece mucho a la lluvia, porque con el vaivén de las ramas, las hojas chocan sobre los ramilletes de semillas que tienen forma de cono; se asemeja a una lluvia muy copiosa.

T: - También las palomas hacen nidos altísimos en ellos y sus pichones cuando crecen eligen el mismo lugar donde nacieron para formar su familia. Las

comadreas buscan el corazón del árbol más alto y ahí se esconden para no ser descubiertas. Las cotorras cortan sus ramitas tiernas y así construyen, con ellas, grandes nidos entrelazándolas, cuando ellas se secan, los nidos quedan muy fuertes.

Así también los Cabecitas Negra, Jilgueros, Torcazas, Chingolos, Calandrias, Benteveos, Pechitos Colorados, Carpinteros y Chimangos descansan en ellos cuando los sofocan las altas temperaturas. Se protegen contra los vientos y las lluvias y a la tardecita, cuando ya el sol se esconde y visita la otra mitad de la Tierra, en bandadas se van a dormir. Apenas aclara, hacen rondas cantando de alegría y pintando de diferentes colores todo el monte. No falta el misterioso y desconfiado carancho que entre los troncos se esconde comiendo una de sus presas.

Mientras caminaban se encontraron con unas raíces gruesa, que se levantaron, aferrándose al suelo. Formando caminos, dibujos, parecen venas, dijo Thiago. Y sobre ellas se sentaron a descansar para comer unos ricos alfajorcitos que hizo la mamá de Ludmila mientras compartían un jugo de naranja.

Sin pensarlo, armaron e improvisaron un espontáneo pic nic. Para esto también nos sirve el monte, comentó Ludmila. Y para tantas cosas más, gracias a los árboles, respiramos este hermoso aire puro y perfumado, cuando se encuentra florecido con esas diminutas florcitas amarillo pálido.

A veces es necesario cortarlos, porque corre peligro la escuelita que está cerca de ellos. Las familias se reúnen y entre todos hacen leña que luego les servirá para calefaccionarse. Toda cortadita, la guardan en un galpón para que se vaya secando y evitamos que se pudra, colocándola sobre algún apoyo.

En estos sitios no hay gas natural, aprovechan la leña y con el calorcito que da la Salamandra hacen del aula un lugar elegido los días de mucho frío.

Pasados unos días, Ludmila y Thiago fueron a visitar a Emilia, llevados por la gran curiosidad, para preguntarle ¿Qué más podía contar de ese monte?

Ella los recibió al abrigo de su estufa Hogar. Mientras se quemaban unos troncos de Eucaliptos, Álamos y Acacias, disfrutaron sentados alrededor de la mesa, tomando un riquísimo café con leche. “Jugábamos a la escondida; lo más difícil era jugar con el sol, siempre nos perseguía. A medida que los árboles iban creciendo, podíamos treparnos, hacer casitas, decorar las tortas de barro con las semillas, hojas y flores. Hacer carrera en zigzag entre sus filas. Dos árboles que habían formado por su propia naturaleza en cada uno una horqueta nos permitió que pudiéramos tener una hamaca en la escuela. Era tan lindo disfrutar de todo aquello”, con nostalgia comentaba Emilia.

Nos sorprendió cuando de repente le vino a su memoria lo que hicieron con su amiga y compañera de banco, Clementina. “Todos los años en el mes de agosto, esperábamos a las golondrinas, llevábamos un registro exacto de cuando llegaban al lugar y lo hacían entre el 15 y 20 del mes, recorrían el monte, descansaban muy poco y seguían revoloteando hasta que encontraban el sitio del año anterior. La entrada de la escuela, los aleros y el galpón eran sus lugares preferidos; el monte solo las cobijaba cuando salían a volar o las sostenían sus ramas formándose una larga fila de pichones que esperaban a sus padres para comer. Las golondrinas cambiaban el paisaje porque nos anunciaban la llegada de la hermosa primavera.

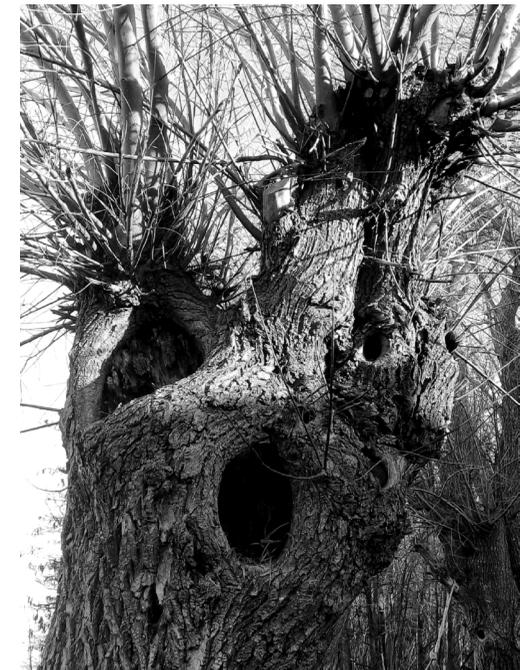
Mis padres tenían colmenares, y la miel con sabor a eucaliptos sobre las tostadas con manteca formaban parte de mis desayunos o meriendas preferidas. En la época de sacar el néctar, las abejas también con su zumbido musicalizaban el monte. ¡Cuántos recuerdos, en tono de melancolía y añoranza, nos relataba Emilia!”.

Ludmila y Thiago regresaron como tantos otros días a la escuelita y, como buenos exploradores, en la pausa salieron corriendo al monte. En eso, llegaron hasta el lugar donde una cola del tornado había arrancado una franja de árboles y el tiempo había hecho lo suyo en ellos. Buscaban formas, qué animalitos se escondían entre y debajo de ellos; has-

ta que Thiago encontró un tronco con forma de cabeza de Cóndor. Al verlo quedó sorprendido y fue en busca de sus demás compañeros para mostrarles su hallazgo. En algunas raíces encontraron cuevas, donde se escondían zorrinos - se dieron cuenta por el olor- y temieron ser pescados por estos perfumados animalitos.

De regreso al aula, los niños reflexionaron en voz alta. Uno de ellos comenzó diciendo: “la naturaleza nunca dejará de sorprendernos; respetarla y cuidarla es nuestro deber”. A partir de hoy nos comprometemos a ser los “Guardianes” de este monte, que lo bautizamos con el nombre de “Monte Mágico”, porque es nuestro, diferente y la magia está en el aire, podemos palparla, existe cuando abrimos nuestros sentidos y al abrazarlos escuchamos los latidos de la Tierra. Mientras el otro añadía “Queremos ser protagonistas de nuevas historias, plantaremos nuevos y frágiles árboles que crezcan fuertes, altos y tengan sueños de Cóndores”.

# SEP TI EM BRE



Griselda Noemí Redondo es profesora de Enseñanza Primaria. Se desempeñó como Directora en EP N° 24, con plurigrado, y más tarde pasó al ámbito urbano. Una Prueba de Selección le dio la oportunidad para volver a lo que tanto añoraba, trabajar en escuela de campo, en la EP N° 25 del Paraje Ariel. Una experiencia increíble.

Lautaro Lago  
(7 años)  
Esc. N°9  
Paraje Manantiales  
de Pereada

Jana Borda  
(7 años)  
Esc. N°5  
Estación Parish



## EL ÁRBOL MILENARIO

Luiza Martins da Silva y Silvia Mera Ponce, con la  
colaboración de Ana Beatriz Mesquita

San Pablo (Brasil)

Dedicado a Lautaro Lago y Jana Borda y a todos  
los niños de Azul

- ¡Tronco viejo! Ya no sirves para nada. ¿Por qué no te serruchan de una vez? ¡Al menos para leña servirías!, gritó enfurecida Doña Isabel, mientras tironeaba la mano de su hijo Federico.

- Pareces un fantasma con los pelos parados, un monstruo arrugado con la piel seca y áspera, completó el niño.

- ¡Mamarracho! Ya ni adornas ni das frutos. ¡Eres un palo seco!, gimió la mayor.

Tomás, el más pequeño de los hijos, lo miró desconfiado y le sacó la lengua.

- ¡Vejestorio! ¡Hace cuántos años no das una hoja verde, ni una sola hoja!, vociferó Don Manuel, el padre. Contigo te llevaste la lluvia de otros tiempos. La misma lluvia en que nos bañábamos y que regaba el campo, que hacía brotar las flores y alimentaba la vida. ¡Ahora estás retorcido y viejo!

Y así, todos los domingos, pasaba la gente del pueblo en su matinal paseo y, de una forma intencional, como si quisieran librarse de su frustración y su ira, se detenían frente al árbol milenario plantado en el centro de la plaza y que, sí, parecía un fantasma sin hojas y sin verde, que estaba ahí desde que los habitantes del pequeño pueblo tenían memoria.

¡Qué felices éramos ahí! -se decían.

Todos los abuelos (y las abuelas, los bisabuelos, los de antes) o mejor, todos los ancianos del pueblo tenían alguna historia que contar en la que el personaje principal era ese árbol viejo. Cuando eran chicos, se subían a las ramas más altas, que se convertían en asombrosos castillos, y ellos en reyes y reinas; corrían y bailaban a sus pies y el árbol les brindaba los mejores juegos y las hojas más verdes. Al sol abrasador del mediodía, se refugiaban en la sombra de su copa, la más vasta y hermosa de todos esos parajes, de un verde único, tan resplandeciente que su brillo se podía ver desde las afueras.

Una copa como una casa, que abrazaba todas sus fantasías y hasta sus miedos, sus primeros amores y los secretos de infancia. De eso ya no quedaban ni siquiera tenues recuerdos. El árbol se había convertido para todos en un tronco hueco, sin memoria, y los habitantes del pueblo solo veían en él una huella del paso del tiempo, de la destrucción, de la sequía que ahora habitaba no solo esa tierra, sino también los corazones de sus gentes.

Un día, a la tardecita, los vecinos del pueblo se toparon con una escena que hacía mucho no se veía. El pequeño Tomás, en cuclillas debajo del milenario árbol, jugaba en la tierra con unas semillas secas. Parecía ignorar su portentosa presencia, solo jugaba inocentemente, como lo hacían sus antepasados. Escarbaba en el suelo duro, pronunciando palabras que parecían mágicas e iba poniendo las semillas una al lado de la otra, como si las sembrara.

De pronto, absorto en el juego de las semillas, el niño siente una pequeña comezón en la frente, algo muy leve que le toca la piel. Se lleva la mano al rostro y se da cuenta de que es una gotita de agua. Sin sospechar nada, ve hacia arriba y con una sonrisa juguetona le dice: ¿Fuiste tú? De repente, entre las ramas retorcidas, ve algo como puntos de luz, unas pepitas de cristal, y se pone a dudar si son estrellas o las luces de la tarde en el cielo. Y entonces, más gotas inesperadas empiezan a caer, algunas de ellas en su piel. Por algunos instantes Tomás se de-

tiene, con la mirada puesta en el árbol, sintiendo las gotas que se deslizan por sus propias mejillas y mojan las semillas que él había plantado. Y entonces, como por obra de magia, el niño se encuentra cara a cara con el rostro de un hombre viejo. Era el propio árbol que lo miraba con ternura. Ambos se miran y se reconocen mientras el agua cae abundante y va cubriendo la tierra, la plaza y el pueblo.

Sorprendido, Tomás se da la vuelta y ve a toda su familia, sus hermanos y sus padres, todos sus tíos y tías, los vecinos y primos y los abuelos y abuelas del pueblo alrededor de la plaza. Y los llama con voz urgente: ¡Vengan, vengan, la lluvia volvió!

Los lugareños acuden al llamado del niño, desconfiados al principio, y al acercarse, van distinguiendo, en la figura del árbol, la presencia de un viejo pariente. Y van al encuentro de ese ser milenario que guarda las memorias del pueblo, como un vigilante silencioso.

Esa noche todos cantaron y bailaron hasta tarde y lloraron de alegría abrazados al árbol, al que ahora veían como a un viejo conocido que había estado ahí desde siempre, cuidándolos desde su silencio y sus ramas dobladas. A partir de ese día, el verdor renació en los campos, en el pueblo se vieron flores de mil colores y el agua reanimó los corazones de todos.

Y las gotas que cayeron nada más eran sino el llanto emocionado del majestuoso anciano.



Luiza Martins es brasileña, tiene 50 años y vive en São Paulo. Es hija de padres portugueses. Estudió Letras y es profesora de español hace 25 años. Le gusta la poesía y le encantan los animales. Tiene una perrita que se llama “Torrada”.

Silvia Mera Ponce es ecuatoriana, tiene 56 años y vive en São Paulo desde los 21. Estudió Letras y es profesora de español como lengua extranjera. Entre otras cosas, le gusta escribir, bailar y cocinar. Extraña sus montañas de los Andes.

Las dos son profesoras del Colegio Bandeirantes.



# OC TU BRE



Leandro Flores  
(6 años)  
Esc. N°38  
Paraje Campomar

Eros Rivero  
(10 años)  
Esc. N°50  
Paraje La Sofia



## CON EL TRONCO DE UN ÁRBOL

Cristina Álvarez Nafria

Alcalá de Henares, Madrid (España)

Había una vez un ratón llamado Pompón que vivía en una seta en el bosque. Era muy divertido. Hacía malabares y sabía cocinar muy bien.

Un día, estaba buscando fresas junto al río cuando cayó al agua. Se agarró muy fuerte al tronco de un árbol y flotando llegó hasta el mar.

Navegó muchos días montado en su tronco hasta que llegó a un lugar muy frío en el que sólo había montañas de nieve. Era el Polo Norte.

Con el tronco del árbol fabricó un iglú para estar calentito mientras pensaba cómo volver a casa cuando de repente apareció un monstruo bola. Era grande y de muchos colores. Tenía cuatro ojos, orejas grandes y siete pelos rizados.

Resultó ser un monstruo muy bueno que estaba muy sorprendido porque nunca había visto la madera. El ratoncito le contó que con ella podían hacer muchas cosas. Construyeron un trineo para deslizarse por la nieve y muchos juguetes.

Lo pasaron fenomenal, pero hacía mucho frío. El ratoncito pensó que estarían mejor en su bosque. Con toda la madera construyó un barquito.

Navegaron muchos días y por fin llegaron al bosque. El monstruo descubrió muchos árboles de muchas formas diferentes. Le gustó tanto que se quedó a vivir allí para siempre.



Cristina Álvarez Nafría Diplomada en Magisterio en el año 2001 en Alcalá de Henares.

Tuvo la suerte de trabajar en diferentes colegios de la Comunidad de Madrid desde el año 2002 hasta el año 2009. Aprendiendo, formándome y creciendo un poquito cada día.

Maestra del colegio Dulcinea, en Alcalá de Henares, desde el año 2009.

Una escuela familiar, cercana, cálida, comprometida, creativa, abierta.



## LA SONRISA DE TITO

Por José Manuel Lucía Megías

Madrid (España)

Tito había cumplido diez años y no recordaba nada igual. Nunca en toda su vida había visto su casa con tanto alboroto, con tanto entrar y salir de sus padres y abuelo, tantas cajas de cartón apiladas en las esquinas y tantas carreras y suspiros. Estaba fascinado. Aquello superaba con mucho aquella noche de tormenta cuando un rayo cayó muy cerca del establo y todos se levantaron y corrieron con el miedo de haber perdido algún animal o que comenzara un incendio que acabara con la cosecha de aquel año; o aquel otro día en que llegó el veterinario e intentó salvar al caballo del abuelo, que había sido atacado por una jauría salvaje de perros. Tito era muy pequeño para acordarse de aquel día, pero lo había oído contar tantas veces a su padre que era como si él lo hubiera realmente vivido.

Tito es el mayor de tres hermanos: Guille tiene dos años menos y Verónica es la pequeña de la casa, la muñeca de la casa. Él tenía diez años, pero todos le decían que parecía más mayor, que ya era un hombrecito y que podía ayudar en las tareas de la estancia. Tito se sentía orgulloso de verse tratado como un igual, pero, en realidad, por lo que se sentía más orgulloso era por cuidar del cedro que se alzaba imponente en una esquina del patio, un cedro que siempre había estado ahí, siempre protegiéndoles.

Aquel cedro lo había plantado el abuelo del abuelo de su abuelo, que también se llamaba Roberto, como Roberto se llamaba su padre y el padre de su padre. Nunca fuimos una familia que se complicara la vida, solía decir su padre cuando le preguntaba por qué todos los de su casa se llamaban Roberto como él.

Desde que tiene memoria, Tito se recuerda cerca del cedro, abrazado al cedro, subiéndose a las ramas del cedro, y, sobre todo, apoyada su espalda al tronco del cedro, como dos amigos que no necesitan hablarse para contarse todo, para saber todo el uno del otro.

Hace unos meses, su madre les enseñó dónde estaba Valencia, en España. Sacó un viejo mapa del mundo de un cajón del mueble del salón, lo desplegó sobre la mesa de los desayunos, y les mostró dónde estaba Azul, en Argentina, y dónde Valencia

en España. Hicieron cálculos de la distancia que separaba esos dos puntos, y no eran más que palmo y medio con las manos de su madre, y tres palmos si lo medían con la mano de Tito, y casi cuatro si lo hacían con la de Verónica, que lloraba cuando querían poner su manita sobre aquel mapa lleno de colores y de ríos y de montañas y de mares, como si temiera que su mano se extraviara por algún país desconocido y no volviera nunca más a encontrarla. No es para tanto, se dijo a sí mismo Tito. Tampoco nos vamos tan lejos. No entiendo tanto alboroto ni tantas visitas y suspiros, aunque no se atrevió a decirlo en alto.

Pero aquello del mapa le resultó poco fiable. Al mirar de cerca el puntito que marcaba Azul se decía que ahí, por mucho que estuvieran juntos, no podían vivir todos los amigos que había hecho en los encuentros semanales de las escuelas rurales, cuando se juntaban para tocar el clarinete o aprender algo de inglés.

-Mamá, ¿cuánto de lejos está Valencia?

-Tito, mi amor, muy lejos. Ya te los enseñé en el mapa. ¿No te acordás? Tan lejos que tenemos que tomar un avión y pasar toda la noche volando.

-¿Tan lejos como de aquí a la luna?

-No, no tan lejos, mi amor.

-¿Tan lejos como de aquí a Azul, unas diez veces?

-Un poco más lejos, mi amor.

Tito recordaba la primera vez que viajó a Azul y le pareció que estaba muy lejos. Luego, otras veces, ya no le pareció tanto, pero también es verdad que casi siempre se quedaba dormido nada más salir de la casa. Así que se atrevió a hacer la pregunta definitiva:

-Mamá, ¿cuántas veces habría que ir y volver de Azul para llegar a Valencia?

-¡Ay, Tito! ¡Me hacés unas preguntas! Muchas. No sé. Muchas más de mil, seguro.

¡Más de mil! Ahora sí que Tito se dio cuenta de que se iban a vivir muy lejos, quizás demasiado lejos.

Desde aquel día no se apartó ni un momento del cedro. Vivía a su sombra. Y si no fuera porque por las noches refrescaba, incluso se hubiera quedado allí a dormir acurrucado junto a su tronco.

Durante aquellos últimos meses, desde que les dieron la noticia hasta que terminaron de armar las maletas para irse a Valencia, todos habían estado tan atareados que nadie reparó en las ausencias de Tito. Él había sido el primero en guardar los pocos juguetes que se llevaría a Valencia. De vez en cuan-

do, su madre o su padre, o el abuelo Carlos preguntaban por él, pero al momento olvidaba la respuesta acuciados por un nuevo encargo, el olvido de un trámite, una despedida o un último consejo. No es fácil cerrar una vida para abrirla a miles de kilómetros donde uno ha nacido.

-Este cedro lo plantó el abuelo de mi abuelo, Tito. Es el más viejo de la familia. Será nuestro recuerdo, la memoria de nuestro paso por estas tierras, -le dijo un día su abuelo apoyado también su espalda al tronco, a su lado-. Este cedro lo plantó el abuelo de mi abuelo. Fue lo primero que hizo cuando llegó a estas tierras. Incluso antes de entrar en la casa, de colocar los muebles, de abrir las maletas o de airear la ropa. El abuelo de mi abuelo plantó este cedro y nos ha acompañado desde entonces, ha visto cómo hemos ido perdiendo nuestro acento español y lo hemos sustituido por los ritmos cantarines y siseantes de la Pampa. Y ahora toca recuperar el acento perdido. Ahora nos toca a nosotros hacer el mismo viaje del abuelo de mi abuelo, pero en dirección contraria.

Salieron de casa de madrugada. Metieron las maletas, las bolsas y las mochilas en la furgoneta la noche anterior para no perder tiempo por la mañana. La madre miró sorprendida lo poco que ocupaban su equipaje, y pensó en lo poco que ocupa una vida cuando se queda uno con lo esencial. Pero se había negado el derecho a las lágrimas. Agarró la

mano de su marido, le dio un beso en la boca, sonrió satisfecha y gritó a los cuatro vientos: ¡Pasajeros al tren!

Tito quiso sentarse en el asiento delantero con su madre. Y por una vez se lo consintieron. No era buen presagio comenzar el viaje con lágrimas y reproches.

Poco a poco fueron dejando atrás aquella tierra que había sido su tierra. Tito no perdía detalle de la carretera que parecía que se construía a su paso. Guille y Verónica miraban por la ventanilla cómo su casa se hacía cada vez más pequeña. Solo el cedro parecía no querer alejarse. Ahí estaba. Ahí seguía, imponente, moviendo sus ramas en un inútil gesto de despedida.

Tito iba delante en la furgoneta y no se perdía detalle de esa tierra que conocía como la palma de su mano. O al menos, parecía que no perdía detalle, de lo callado y atento que iba.

Tito iba delante sonriendo. Una sonrisa triunfante que era para él solo, que ni su padre ni su madre podían ver, ni mucho menos Guille y Verónica que habían comenzado a pelearse, a pesar de los esfuerzos del abuelo de poner un poco de orden. La sonrisa de Tito.

Aquella noche, antes de que todos se levantaran, Tito había plantado un cedro a cuatro metros

del cedro que un día plantó el abuelo del abuelo de su abuelo. Un cedro que, con los años, sería su propia memoria y recuerdo.

Dentro de un tiempo, gracias a ese tierno cedro convertido en imponente árbol, alguien le recordará y contará que ese cedro lo plantó sonriendo un niño antes de irse de estas tierras, como ahora Tito, mientras observa cómo avanza la furgoneta por los caminos, recuerda la sonrisa del abuelo del abuelo de su abuelo justo en el momento de plantar el cedro al llegar por primera vez a su casa, a la que sería por muchos años, su casa.



José Manuel Lucía Megías es doctor en Filosofía y Letras Universidad de Alcalá. Filólogo y escritor. Catedrático de Filología Románica en la Universidad Complutense de Madrid. Coordinador académico del Centro de Estudios Cervantinos. Vicedecano de Biblioteca, Cultura y Relaciones Institucionales de la UCM. Presidente de honor de la Asociación de Cervantistas. Director de la Red de Ciudades Cervantinas, Titular de la Cátedra Cervantes de la UNICEN (Argentina). Ciudadano Ilustre de Azul. Padrino del Festival Cervantino.

# NO VI EM BRE



Joaquín Rivero  
(16 años)  
"La Virgen en el Árbol"  
Esc. N°50  
Paraje La Sofia

Walkira Magalí González  
(6 años)  
Esc N°38  
Paraje Campomar



## AMOR EN NOVIEMBRE

Alicia Laria

Azul, Pcia de Bs. As. (Argentina)

Amanece temprano. El cielo celeste con un sol dorado parece pendiente de lo que sucederá aquí, en un paraje rural, en la escuela del lugar. Integrantes de la comunidad educativa están con los preparativos para festejar el “día de la tradición”. Ha sido una jornada ardua, algunos se encargaron de colocar los palenques, otros del armado de la cantina, los más jóvenes se ocuparon de la pizarra con los precios de las bebidas, tortas, choripán. Ha quedado todo listo, incluso el escenario para los payadores y animadores. Cada una de las familias se retira rumbo a sus casas.

Al atardecer, algunos paisanos se acercan como todos los días al viejo almacén de campo. Detrás del mostrador, Don Braulio comenta por lo

bajo... va a ir bastante gente de la zona, porque es al aire libre. Hay que respetar el protocolo -argumenta Segundo que está degustando una ginebra- porque el virus está al acecho para jugar con los grupos.

Así, entre “truco y quiero retruco”, se aprecia el atardecer, con un sol rojizo perdiéndose en el horizonte. “Mañana será un día espectacular, a juzgar por la entrada del sol”, susurra el jovencito Juanchi, con el corazón repleto de cosquillitas: está muy ansioso por ver a Rosita, la hija del puestero, que le aseguró el viernes, en la escuela, en una charla cortita que pudieron tener en la pausa un poco escondidos, junto al tronco añejo y rugoso que empieza a largar sus tímidos brotes, que el domingo iba a estar en la fiesta gaucha.

Hace algunas semanas, en este mismo lugar, sucedieron algunas cosas de adolescentes; hubo un intercambio de palabras, charlas, tímidas sonrisas cómplices y hasta un primer beso, seguido de otros con un susurro “me gustas”, “te quiero”, con suaves caricias sobre un rostro sonrojado y a veces un abrazo casi eterno.

Había que volver al aula cada día. ¡Esa campaña! Los dos caminan lentamente y sus corazones no dejan de latir cada vez más fuerte. Cada uno se ubica en su lugar, pero ¡qué difícil escuchar a la profe!

cuando el amor te hace cosquillas y te sentís en una nube.

El viejo árbol cómplice había sido mudo testigo de cada furtivo encuentro de estos jóvenes que eran promoción de la secundaria.

A veces la vida te hace algunas jugarretas, no tan divertidas. Ese domingo, las dos familias compartieron un almuerzo al aire libre. Hubo cruce de miradas y Juanchi, todo un caballero, no perdía oportunidad para agasajar a Rosita y tímidamente rozar su mano.

A media tarde llegó la hora del mate con pasteles y tortas. La charla amena entre los padres sobresaltó a Juanchi quien, cabizbajo, escuchó la más terrible noticia que puede escuchar un enamorado. El padre de Rosita comentaba a sus amigos “el patrón me traslada por unos meses a otro campo, distante unos cien kilómetros; nos estamos yendo a fin de mes; según nos prometió, en marzo estaremos de regreso.”

Rosita sonrojada miraba el piso, porque no se había animado a contarle a Juanchi y no quería llorar porque estaban muy enamorados y soñaban con un futuro juntos. A partir de aquel día buscaron todas las oportunidades para encontrarse cerca de ese fiel amigo que cada día les hacía un guiño.

Llegó el momento de la mudanza y los vecinos y amigos organizaron la despedida. El viejo almacén de campo se pobló de risas, anécdotas, guitarreada, baile, ranchera con relaciones. De pronto se escuchó: “aro... aro... aro!” Era Juanchi con las manos en los bolsillos y los ojos llorosos, muy cerquita de Rosita, con voz firme decía: “queremos contarles que somos novios desde hace unos meses”. Silencio total, intercambio de miradas, rostros atónitos. Don Braulio, canchero y con autoridad gritó: “¡aplausos para los jóvenes; que viva el amor!” Y poco a poco se empezaron a poner en movimiento las palmas, primero tímidamente, y luego se fueron sumando los aplausos, las sonrisas y otra vez la música.

Al día siguiente, partió el camión muy temprano mientras la familia lo haría cerca del mediodía, al terminar las clases. Los padres de Rosita prometieron a la directora que concurrirán al acto de fin de curso. Durante el recreo de ese último día de clase, Juanchi y Rosita corrieron hacia el árbol, lo abrazaron, lo llenaron de besos y le prometieron que volverían a visitarlo.

Pasó el tiempo, sin darse cuenta casi. Juanchi había conseguido un buen trabajo como encargado de la estancia “El cimarrón” y se le complicaba para verse con Rosita. La distancia no le permitía venir todos los fines de semana, pues a veces le tocaba

hacer guardia. Así transcurrieron casi tres años de este noviazgo. Dialogaron mucho y tomaron la decisión de casarse.

Los dos acordaron que le pedirían al curita del pueblo que consagrara su matrimonio en la escuela rural. El altar se prepararía junto al rugoso y viejo árbol; los excompañeros de escuela arreglarían todo para la fiesta; la cena se realizaría en el patio y la directora, ya jubilada, decoraría el lugar con la ayuda de algunas mamás.

Llegó el día tan esperado. Atardecer de ensueño, comentaban algunas invitadas. Todos lucían sus mejores galas: el viejo árbol vestido de hojas muy verdes y el nido de al lado, que siempre estuvo solo, había sido ocupado por una linda pareja de tordos, con dos pichones, que no se atrevían a volar pero que con su trino acompañaban la ceremonia.

El profesor de música deleitaba a los invitados con las notas de la marcha nupcial. Ahí estaba Juanchi esperando junto a la madrina, su mamá. De pronto, silencio total. Todos se dan vuelta y ahí está Rosita -la novia- elegante y emocionada que con paso firme se dirige hacia el altar del brazo de su padre. El cura inicia la ceremonia. Se escucha el “sí quiero”, el intercambio de alianzas y un firme “los consagro marido y mujer”. Un beso junto a ese árbol sella esta unión. Emocionado aplauso de todos, llu-

via de arroz y ..." vivan los novios".

Antes de entrar a la fiesta, se toman de las manos y lentamente se acercan a él, lo rodean con sus brazos tan solo para susurrarle:

Cada noviembre te prometemos regresar, único testigo de nuestro gran amor.

# DICIEMBRE



Alicia Amelia Laria es Maestra Normal. Fue alumna de la escuela n°11 del Paraje Malaver de Laprida. En esta misma ciudad se desempeñó como docente en dos escuelas de campo: 12 y 4. Trabajó en Estación 'La larga' de Daireaux, y en la escuela n°4 de Líbano (Lamadrid). Finalmente, fue Directora de la Escuela 27 de Azul que en un principio fue escuela rural y luego de Jornada Completa. Actualmente integra la comisión directiva de la Asociación Española.

Lucía Balsimelli  
(10 años)  
Esc. N°55  
Base Naval



## PEQUEÑAS AVENTURERAS

Susana Herrera

Azul, Pcia de Bs. As. (Argentina)

¡Un camino! ¡Un camino! - exclamó la hormiga, observando, con sus antenas rígidas un enmarañado paisaje de árboles, raíces y ramas de color tizne que se entrelazaban de tal manera que sería muy complicado para un humano atravesar.

Pero para las pequeñas y trabajadoras hormigas, sería toda una aventura cruzar al otro lado para encontrar las tan ansiadas hojas verdes que estaban guardadas cual tesoros de la naturaleza en el corazón de aquel lugar tan misterioso. Una verdadera hazaña que necesitaba un plan.

¡Sí! ¡Un plan! necesitamos un plan para lograr nuestro objetivo!- dijo una hormiga soldado- ,¡como

lo hizo el General San Martín al cruzar la Cordillera de los Andes!- acotó la hormiga vigía.

Y así lo planearon. Formaron tres filas, detrás de cada soldado irían las obreras, decididas a realizar su labor, sintiéndose seguras y acompañadas por su comunidad; unidas como siempre, sabían que nada podía fallar.

Un grupo subió por el tronco donde los rayos de sol guiarían sus pasos, otro grupo, decidió hacerlo por las ramas que parecían redes de pescador. Y el tercer grupo lo hizo subiendo por las quebradizas cortezas que cubrían la piel reseca del enredado panorama arbóreo.

Cada grupo llevaba canastos y pequeñas banderas de color rojo, verde y azul; el propósito era clavar ese palito en el lugar correcto, donde las provisiones que llevarían al hormiguero estarían esperando para ser transportadas.

Las hormigas subían, bajaban al escuchar crujidos de ramitas que caían; se detenían a la orden del soldado y quedaban como estatuas, quietas, duras, inmóviles...

¡Falsa alarma! decían los soldados y continuaban caminando.

Entre las dificultades que tuvieron que sortear hubo una araña hambrienta que les hizo parar

los pelos, pero ¡continuaron vivas!, lucharon como los gauchos de Güemes. ¡Lucharon como verdaderas guerreras!

En otro momento, una brisa fuerte sopló e hizo volar a varios integrantes de la expedición. Tranquilas, hermanas!, ya las iremos a rescatar - decían las hormigas soldados, con esa voz de soldado que solo tienen las hormigas...

Amarradas, bien sujetas entre sí y simulando ser una soga, enroscaron a cada ser de la familia y lo atrajeron al grupo.

Cuando todo parecía calma, cuando todo estaba en quietud y serenidad, una sorpresiva, pegajosa y rosada lengua elástica, lamió las cabezas de las hormiguitas; una de ellas se puso los anteojos y observó atentamente, con sus ojos agrandados por el aumento, el sapo que se relamía; al verla, perdió el apetito y huyó aterrorizado, sin saber que las aventureras se desmayaron por el encuentro...recibieron baldecitos de agua para despertar...¡asustadas! ¡ Y ahora, mojadas! - se quejó una pequeña obrera.

Mientras se sacudían y secaban un poco, entre raíces, hojas secas, humedad, piedras e hilos de sol, una pequeña hormiguita con bandera azul, dijo - como Manuel Belgrano a orillas del Paraná- "¡Izo esta bandera para que mi familia hormiguera se identifique, se comprometa y haga el trabajo

esperado para que la comunidad viva y sobreviva a las adversidades”.

Un silencio se hizo sentir en las piel de los diminutos seres vivos, un silencio agradable, un silencio con aroma a verde...las hojas tan deseadas, tiernas, suaves, coloridas, allí estaban, sí, habían descubierto el tesoro tan ansiado, ese que llevarían a la reina y a sus larvas, ese que haría perdurar la especie.

El árbol sabio, el que las condujo a su meta, sonreía por la hazaña de las pequeñas y, zarandeando sus ramas, les regaló las hojas más ricas de lo alto de su copa.

El viejo árbol, ese que entrelazaba sus partes con la ternura de un abuelo, las despidió con dulzura y moviendo sus raíces abrió el paso de regreso a casa.



Susana Herrera se desempeñó como maestra y luego directora en la EP N°16 “Antártida Argentina hasta el año 2016. Durante su gestión participó en el proyecto de Hermanamiento con Alcalá de Henares, en el que los alumnos se contactaron recibiendo y enviando mails y cartas a los alumnos del Colegio Dulcinea. En el año 2013, participó del viaje a España junto a las escuelas 38 y 53 con niños y docentes involucrados en esta aventura.



## RAMAS COMO BRAZOS

Mariel Patronelli

Azul, Pcia de Bs. As. (Argentina)

-¿Y ahora qué hacemos?- preguntó Mandarina, una vivaz y movediza ardilla.

El grupo la miró expectante y silencioso. En círculo, allí se habían reunido abejas, abejorros, mariposas, bichos bolita, escarabajos y vaquitas de San Antonio. También algunas aves pequeñas, un búho, un mapache, un grupito de hormigas, una ranita de árbol y otras ardillas, tan inquietas como la primera. Y además tres o cuatro arañitas y algunas luciérnagas.

La mañana era luminosa como pocas, pero ellos sólo veían tristeza.

-Vos sos la más grande de todos nosotros. Vos decinos qué hacer...-musitó una mariposa multicolor.

-Sí, Arco Iris. Pero lo pensaremos entre todos. Primero esperemos a ver qué noticias trae Pelusa.

-¡Sí!-aplaudió Rayas, el mapache.-i Pelusa traerá buenas noticias, seguro!

-Vos siempre optimista, Rayas - objetó el abejorro Bejo.- Hum, nada bueno puede venir del pueblo... Y bajando sus alitas se posó triste sobre una rama medio seca.

Mientras, Lola, la mapache pintora, siempre distraída, con pétalos de flores y ramitas secas componía bonitos cuadros del paisaje.

En lo alto del eucaliptus, el búho Mirón vigilaba el horizonte.

-¡Allá viene Pelusa!

Campo traviesa corría despavorido el conejo Pelusa. Corría tan veloz que ni se veían sus largas patas blancas.

-Malas noticias, amigos...- dijo entrecortado, mientras trataba de respirar.

Están decididos a provocar un incendio, y después sembrar.

-¡Nos quedaremos sin casa!!- lloriquearon dos vaquitas de San Antonio mientras se abrazaban.

- ¿Qué les dije? - irrumpió malhumorado Bejo.  
- ¡Nada bueno viene de allá!!!

- ¿Qué será de mi nido? ¿Dónde dormirán mis pichoncitos? -se condolió una paloma torcaza.

- Nuestras cuevitas en los árboles serán destruidas...- murmuró angustiada Mandarina, y se abrazó con sus hermanas ardillas.

Tina, la ranita de árbol, se cruzó de brazos y sacó trompa.

-¿Me quieren decir adónde voy a ir a parar yo, si me queman el monte?

Rayas tenía los ojitos tristes, pero de pronto su habitual optimismo lo hizo sonreír y agitó enérgico los brazos.

-Todavía podemos hacer algo. Somos muchos.  
¡¡¡No nos quedemos llorando!!!

De a poco todos los animalitos del monte se fueron reagrupando y se reunieron a su alrededor.

-¡Tiren ideas! -propuso Pelusa.

-¡¡Llamemos a Don Juan!!-exclamó una vocecita chillona. Era Margarita, la tortuga.

-Don Juan nos puede dar una mano -asintió Felisa, una nerviosa liebre que se había sumado al grupo. -¡A vos-y se dirigió a Margarita- que sos tan viva, que una vez me ganaste una carrera, hum, con trampas, también se te puede ocurrir algo!!

Margarita se rio por lo bajo.

-Si quieren yo llamo a Don Juan- sugirió Pelusa.

-Te acompaño- dijo el búho- y allá partieron los dos, en busca del zorro.

Don Juan estaba cómodamente recostado contra un tronco de algarrobo, dormitando. Escuchó las novedades, y frunció el ceño. Estuvo un rato pensativo, mientras se rascaba la cabeza.

-Hay que convocar a las duendecillas de los troncos. Son buenas amigas, nos ayudarán.

Mirón clavó en Pelusa sus redondos ojos. Pelusa clavó su mirada en Mirón.

Ninguno sabía de la existencia de las ¿duendecillas?

-Son espíritus protectores de los árboles -explicó el zorro.

-Ay, cómo sabe usted, Don Juan.

-Sabe todo usted -completó la idea el conejo-. Pero cómo nos van a ayudar...

-Yo me ocupo- contestó el zorro-. Esos tipejos no se saldrán con la suya.

Pelusa y Mirón regresaron al bosque, y hablaron sobre el encuentro con el zorro.

-Parece que se va a ocupar de todo...-musitó Pelusa.

-Dijo algo de unas dunadillas...

- Dandillas- corrigió Pelusa.

-¿¿¿Qué??? -exclamaron a coro todos los oyentes.

La ardilla Mandarina meditó un rato, y luego concluyó:

- Todo muy lindo, con las damasillas o lo que sea. Pero si no hacemos algo nosotros, nos van a pasar por arriba. ¡A convocar a tooooda la muchachada del monte! ¡¡¡Manos a la obra, amigos!!!

Un movimiento frenético se vio entonces en el centro del monte. Era todo un revuelo de plumas, alas irisadas, peludas colas airosas, antenas y patitas de todos los tamaños que iban y venían en un remolino colosal.

Mirón, desde la punta del eucaliptus, no perdía de vista el movimiento de los hombres, que se aprestaban a desplazarse hacia el monte, munidos de monstruosas herramientas.

Mandarina repartía indicaciones; “cada cual a lo suyo, con garra”, había dicho la enérgica ardillita. Los diferentes grupos formaban equipos y partían, cada uno a cumplir su labor; todos daban sugerencias y hablaban a la vez.

Se hizo la tarde. El bosque se fue oscureciendo de a poco. De pronto, unos resplandores aparecieron a lo lejos.

-Amigos, ¡¡vienen con antorchas!!! ¡¡Alerta máxima!!!

Los hombres, vestidos con cascos y botas, se acercaron, y alcanzaron a prender fuego un árbol. Luego otro, y otro más. Las llamas corrieron por sus ramas, ennegreciéndolas y quemando sus hojas. Pero de pronto las botas se hundieron en hormigueros profundos, casi sin fin. Las hormigas mordían sus cuerpos. Las arañas habían tejido una red casi impenetrable, y los árboles habían tendido y entrecruzado sus ramas entre sí, formando una maraña imposible de atravesar.

Ramas como brazos gigantes que avanzaban sobre los hombres. Las luciérnagas apiñadas encegucían los ojos. Los insectos se trepaban a los

rostros de los hombres y las abejas los picaban con sus punzantes aguijones. Todos los animales ululaban y gruñían a la vez. Los hombres huyeron, y mientras escapaban decían: ¡Acá nunca más, acá nunca más!

Agotados, con pelajes, plumas, patas, hocicos y picos sucios, pero felices, los animalitos del monte se abrazaron. Habían defendido lo suyo, su hogar.

Sigilosas y casi invisibles, unas misteriosas figuritas de madera se camuflaban y volvían a ser parte del ramaje.

La única que, distraída, pintaba y pintaba, era Lola, la mapache. Estaba representando los árboles quemados, para que nunca nadie se olvidara de la hazaña del monte.



Mariel Patronelli es profesora de Lengua y Literatura. Especialización en Literatura para el Nivel Superior UNLP. Docente de nivel terciario en I.S.F.D.Nº2 y en I.S.F.D.Nº156 “P.Bogliano”. Directora del I.S.F.D. Nº156 “P.Bogliano” entre 2008 y 2015.

Vínculo con escuelas rurales: cursó su escolarización primaria completa en un plurigrado, en la escuela rural Nº32, “La Primavera”, donde su madre fue maestra y directora.



## AGRADECIMIENTOS

Este libro es resultado de la convergencia de dos proyectos, cada uno de los cuales tuvo implicados a muchos actores, gestores y participantes.

### (2020) VEG VEG EN EL CAMPO

Gracias a los niños y niñas rurales que participaron, a sus familias que los acompañaron, (residentes todas en espacios rurales); a la Jefa Distrital, Claudia Bustos, y a la Inspectora de Artística, Monica Turrina que apoyaron el proyecto diseñado por el Equipo de Educación de Asociación Azul Solidario; a las maestras rurales que facilitaron los contactos con las familias; a Margarita Pagliere, responsable de la Coordinación general del Proyecto.

Gracias a los alumnos de la Carrera de Fotografía de la Escuela de Bellas Artes Luciano Fortabat de Azul: Camila Tolosa, Cristina Garcia, María Ignacia Tarantino, Mariano Zapata y Pablo Ali que tutoraron a los niños, y a sus profesores Luis Navas y María Paz Mosca.

## (2021) UNA HISTORIA POR CONTAR

Gracias al valioso aporte de directivos y docentes de los Colegios Dulcinea (Alcalá de Henares, España) y Bandeirantes (San Pablo , Brasil) ligados al proyecto EL QUIJOTE NOS UNE, apadrinado desde 2012 por José Manuel Lucía Megías.

Gracias a las escritoras azuleñas vinculadas de una u otra manera a la ruralidad que se sumaron a la convocatoria de Margarita Ferrer y Veronica Torassa de Asociación Azul Solidario.

Un especial agradecimiento a nuestros sponsors: Marcela Noble Herrera y Javier Molina, que valoraron el excelente trabajo de los niños e hicieron posible la publicación de estos relatos.

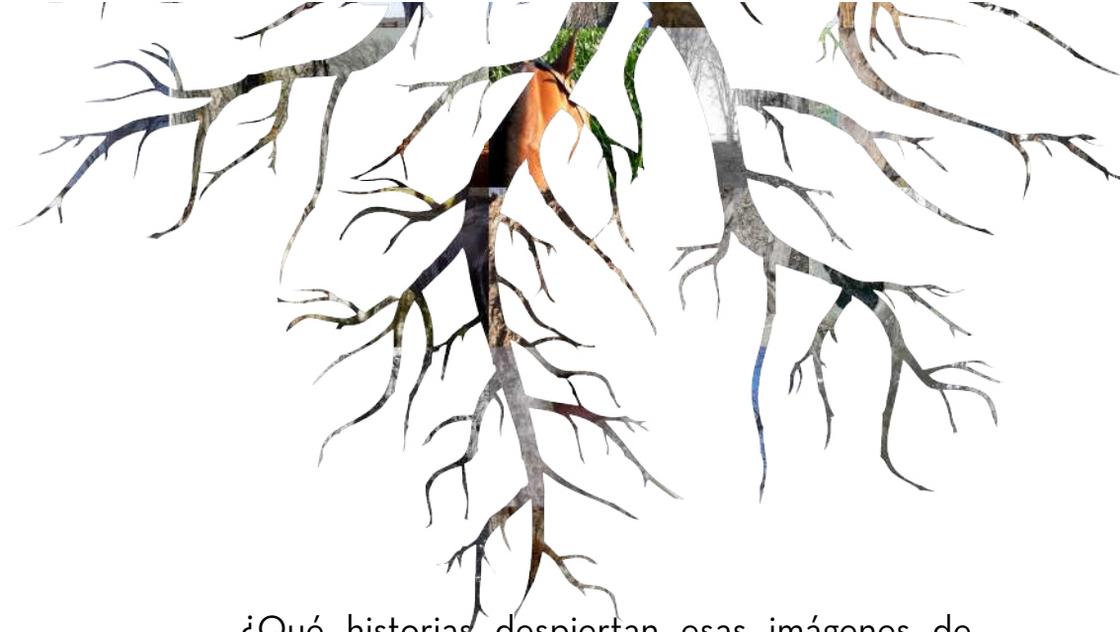
Asociación Azul Solidario

## ÍNDICE

PRÓLOGO	5
ENERO - Leonel Sañudo, Emma Guzman y Elena Guzman	9
EL ENANO OREJUDO - Miriam Peralta Reyes	11
AQUÍ EN MI ÁRBOL - Claudia Bustos	13
FEBRERO - Patricio Picchioni y Alma Martínez	17
NONO Y TINCHO BAJO EL MISMO SOL - Marília Pelissari y Nuria Carbó	19
MARZO - Brisa Fosca y Isabela Pardo	25
EL ÁRBOL - Fernanda Uhalde	27
ABRIL - Delfina Dupin y Rufino Dupin	35
EN ABRIL, AGUAS MIL - Antonia Cruzado Padilla	37
MAYO - Sheila Jazmín Altamirano y Melany Martel	41
TRIFOLIUM ANIMANS - Analía Di Pascuale	43

JUNIO - Valentina Mandagarán y Fiana Cabot	47
MI NOMBRE ES ROBERTO - Laura Franco	49
JULIO - Guadalupe Celiz Berestain y Maximiliano Fosca	59
LA SORPRESA - Verónica Viviana Crisafulli	61
LA RUTA MÁGICA DE AZUL - Bruna Evangelista y Valéria Moraes	65
AGOSTO - Ludmila Fosca y Thiago Bermay	73
EL MONTE MÁGICO - Griselda N. Redondo	75
SEPTIEMBRE - Lautaro Lago y Jana Borda	83
EL ÁRBOL MILENARIO - Luiza Martins da Silva y Silvia Mera Ponce, con la colaboración de Ana Beatriz Mesquita	85
OCTUBRE - Leandro Flores y Eros Rivero	91
CON EL TRONCO DE UN ÁRBOL - Cristina Álvarez Nafria	93
LA SONRISA DE TITO - José Manuela Lucía Megías	95
NOVIEMBRE - Joaquín Rivero y Walkiria Magalí González	103
AMOR EN NOVIEMBRE - Alicia Laria	105
DICIEMBRE - Lucía Balsimelli	111
PEQUEÑAS AVENTURERAS - Susana Herrera	113
RAMAS COMO BRAZOS - Mariel Patronelli	117
AGRADECIMIENTOS	125





¿Qué historias despiertan esas imágenes de troncos de árboles fotografiadas por lo niños a un receptor adulto que los observa?

Las imágenes promueven distintos estímulos: avivan sentimientos adormecidos, abren brechas emocionales, nos conectan con experiencias de otros tiempos o con vivencias actuales que se presentan en esta antología.

